



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA**  
**Monografía Licenciatura en Ciencia Política**

**Cambios en los mecanismos de vinculación entre  
votantes y candidatos presidenciales en Uruguay  
(2014- 2019)**

**Lorenzo Nicolás Pandolfi Milanta**  
Tutor: Diego Luján

**2023**

## Índice:

Introducción .....	3
1. Crisis partidaria: fragmentación y personalismo .....	4
2. Vínculos entre electores y candidatos .....	6
3. Linkages y comportamiento electoral .....	14
4. El caso uruguayo .....	19
5. Métodos y datos .....	28
6. Resultados .....	31
7. Conclusiones .....	37
Bibliografía .....	41
Anexo .....	45

## **Introducción**

Es un hecho constatado por la literatura politológica que los partidos políticos se encuentran frente a una crisis de legitimidad (Webb, 2005; Lupu, 2014). Entre las principales consecuencias empíricas se destaca el aumento de la volatilidad electoral y la fragmentación de los sistemas de partidos, fuentes de importantes problemas de gobernabilidad y representación (Dalton y Wattenberg, 2002). La pérdida de centralidad de estos agentes es aprovechada por líderes políticos individuales para la representación directa del electorado (Rahat y Sheaffer, 2007).

En este contexto Uruguay constituye un caso de interés: su sistema de partidos muestra altos niveles de estabilidad, institucionalización y competencia programáticamente estructurada (Mainwaring y Scully, 1995; Piñeiro y Rosenblatt, 2018; Buquet y Piñeiro, 2014). No obstante esto, el ciclo electoral del año 2019 mostró algunos indicios que podrían representar cambios en este sentido. Aumento en la fragmentación y volatilidad, éxito electoral de nuevos partidos y emergencia de candidatos “outsiders” son algunos de ellos.

Para explicar estos fenómenos en el corto plazo una de las hipótesis más interesantes sostiene que podríamos estar frente a cambios en los mecanismos de vinculación entre políticos y votantes (Luján, 2021). El aumento de los vínculos personalistas en desmedro de los ideológicos estaría por detrás de éstos fenómenos. La hipótesis alternativa indicaría que las novedades de la última elección representan una reestructuración programática del sistema de partidos ante un tipo de electorado sub-representado y disconforme con la oferta anterior, y no un cambio en el patrón de competencia programática.

¿Se pueden observar entonces cambios en los mecanismos de vinculación entre las elecciones de 2014 y 2019? El trabajo que sigue tiene por objetivo dar una respuesta inicial a esta pregunta bajo la perspectiva de la demanda electoral, determinando los pesos de los vínculos programáticos y personalistas en la intención de votar al candidato presidencial de preferencia y las diferencias presentadas entre los dos últimos ciclos electorales.

La democracia es el único régimen político que tiene como principal función responder a las preferencias de sus ciudadanos, para la cual se vale de mecanismos de rendición de cuentas y responsabilidad. En una perspectiva minimalista, la democracia solo precisa de

instituciones que garanticen la realización de elecciones periódicas, libres y justas. Una mirada más amplia de la calidad democrática debe tener en cuenta la magnitud en que las instituciones y actores que intermedian en la relación entre gobernantes y votantes logran efectivamente representar a amplios grupos de intereses y visiones diferenciadas dentro de la sociedad. Los trabajos sobre mecanismos de vinculación entran dentro de este conjunto de estudios al analizar las distintas maneras y grados en que las preferencias de los electores se traducen en votos para posteriormente resultar en políticas públicas. Este trabajo a su vez cuenta con la particularidad de centrarse en la perspectiva de la demanda electoral permitiéndonos ver cuáles son los determinantes en las preferencias de los votantes más allá de las estrategias y retóricas partidarias.

Lo que sigue se estructura de la siguiente manera. En el primer apartado se enmarca el estudio en el contexto de crisis de legitimidad de los partidos y aumento del personalismo. El segundo apartado introduce los principales conceptos relacionados a los mecanismos de vinculación y sus funciones en la rendición de cuentas democrática. Luego se argumenta cómo los mecanismos de vinculación entran en el engranaje de las decisiones político-electorales y su relación con la fragmentación y volatilidad electoral. En la cuarta sección se hace un repaso de las principales características del sistema de partidos uruguayo y las novedades presentadas en el último ciclo electoral de 2019. En la quinta sección se explica el método y los datos utilizados para las pruebas de hipótesis. En el sexto apartado se presentan los principales resultados del estudio. Finalmente, el trabajo cierra con conclusiones y discusiones a la luz de la literatura.

## **1. Crisis partidaria: fragmentación y personalismo**

Los partidos políticos son fundamentales para la representación democrática. La importancia de estos actores es un hecho tan aceptado que resulta muy frecuente la cita de Schattschneider (1942) quien concluyó que “las democracias modernas son impensables excepto en términos de partidos políticos”. Esto es así ya que cumplen funciones esenciales en el marco de la movilización electoral, pero también en el desarrollo de líderes políticos, en la articulación y agregación de intereses, así como en la formación de coaliciones mayoritarias y organización del gobierno (Dalton y Wattenberg, 2002).

No obstante, en las últimas décadas se ha dado como un hecho por la ciencia política que los partidos políticos se encuentran frente a una crisis de legitimidad (Dalton y Wattenberg, 2002; Webb, 2005; Lupu, 2014). Las consecuencias empíricas más plausibles sobre el comportamiento electoral son el aumento de la volatilidad y la fragmentación del sistema de partidos. La identificación partidaria hace que los votantes se inclinen por su partido de preferencias bajo el supuesto que representan mejor sus intereses. En cambio, el desarraigo partidario provoca que los votantes se vean liberados a votar por otras alternativas.

La fragmentación y volatilidad a su vez generan diversos desafíos para el funcionamiento de las democracias en materia de gobernabilidad y representación. La capacidad de los gobiernos para cumplir con las demandas de la ciudadanía depende del nivel de apoyo de sus candidatos, así como de la proporción de escaños que cuenten en el legislativo para formar una mayoría que respalde y avance en sus propuestas. Por otro lado, la diversificación de la oferta electoral genera problemas para el modelo de responsabilidad partidaria. Los partidos no logran agregar y articular eficazmente diversos intereses, funcionar como atajos informativos útiles para posicionar candidatos obstaculizando así a los votantes en la identificación de qué partidos o candidatos representan mejor sus intereses para que luego rindan cuentas según las expectativas y respectivos desempeños. La insatisfacción por la falta de representatividad y de eficiencia para resolver problemas públicos incrementa la desconfianza en los partidos y acentúa el “déficit democrático” (Payne et al, 2006) generando un círculo vicioso de difícil salida.

Bajo este telón de fondo, Uruguay constituye un caso particular. Su andamiaje institucional brinda centralidad a los partidos políticos en el proceso de conformación de la oferta electoral, mientras que el sistema de partidos muestra niveles altos de institucionalización comparado con sus pares latinoamericanos (Mainwaring y Scully, 1995; Piñeiro y Rosenblatt, 2018) y demuestra capacidad de adaptación a diferentes contextos a través de un cambio paulatino en la estabilidad (Buquet y Piñeiro, 2014). Teniendo en cuenta esta fortaleza histórica, las elecciones de 2019 resultaron particularmente sorprendidas al registrar el mayor Número Efectivo de Partidos (NEP) y la mejor votación a partidos no consolidados desde el retorno a la democracia en 1985 resultando en la incorporación récord de siete partidos diferentes al parlamento.

Además de la fragmentación y como otro resultado de la despartidización, los votantes se ven tentados a inclinarse por terceros partidos y líderes “independientes” (Dalton y

Wattenberg, 2002). La aparición de los comúnmente denominados “outsiders” ha llamado poderosamente la atención en los últimos tiempos, principalmente por el éxito de líderes de derecha radical muy mediáticos como Donald Trump en Estados Unidos o Jair Bolsonaro en Brasil. Sin embargo, este fenómeno no es nuevo en nuestro continente. El colapso de los partidos políticos en América Latina y el posterior éxito de líderes personalistas que reestructuran todo el sistema político fueron importantes fuentes de estudio como el ascenso de Alberto Fujimori en Perú (Levitsky y Cameron, 2003) o Hugo Chávez en Venezuela (Cyr y Sagarzazu, 2014)

Pese a los ejemplos emblemáticos, la emergencia de líderes que apelan a sus atributos personales en un contexto de deterioro de los partidos políticos parece ser un fenómeno generalizado. Una de las explicaciones de la literatura a la creciente crisis partidaria sostiene que las innovaciones tecnológicas y cambios socio estructurales han derivado en lo que se ha dado a llamar como la “personalización de la política”, un proceso por el cual la centralidad de los partidos en un sistema político es desplazada por el del actor individual (Rahat y Sheaffer, 2007).

En esta línea, otra de las novedades que presentó el último ciclo electoral fue la aparición y relativo éxito candidatos “outsiders”, previsiblemente en partidos debutantes, pero también en los partidos consolidados. Luján (2021) vincula ambos procesos de fragmentación y personalización poniendo sobre la mesa la hipótesis de que el aumento de la oferta electoral se podría deber a cambios en los mecanismos de vinculación entre electores y políticos, desde una diferenciación partidaria programática a un escenario donde pesan más los rasgos personales de los candidatos. El presente trabajo pretende hacer un avance en el desarrollo de evidencia en este sentido indagando cómo evolucionaron los mecanismos de vinculación en el corto plazo, así como las respectivas configuraciones que presentaron los nuevos partidos en una elección marcada por la fragmentación y la volatilidad electoral. Un primer paso en este sentido consiste en preguntarse cómo funciona la relación entre electores y políticos y qué elementos componen las utilidades tanto del lado de la oferta como de la demanda electoral.

## **2. Vínculos entre electores y candidatos**

Según Dahl (1997) la democracia es un régimen político “caracterizado por su continua aptitud para responder a las preferencias de los electores” (1997: 13). Para ello cuenta con un conjunto de instituciones que, regulando la competencia entre partidos y candidatos,

aseguran que éstos rindan cuentas (accountability) y sean sensibles (responsivness) a las preferencias de los electores. La rendición de cuentas a través de elecciones resultan la principal función y mecanismo institucional que median entre la oferta y la demanda electoral.

Desde las perspectivas racionalistas se han entendido estos mecanismos de rendición de cuentas como un sistema de intercambio entre políticos y votantes. Los políticos son buscadores de cargos (office-seeking) cuyos fines últimos pueden ser los descritos por Downs (1975) como la renta, el prestigio y el poder u otros más altruistas de carácter ideológico o normativo. Sin importar cuáles sean, para lograr sus objetivos deben intentar maximizar los votos recibidos de manera de aumentar sus probabilidades de ser electos para un cargo. La forma más efectiva de promocionar sus candidaturas es conformando partidos políticos que funcionan como soluciones a los problemas de acción colectiva y elección social (Aldrich, 1995).

Los votantes son de igual manera maximizadores de utilidades. Siguiendo la misma analogía, estas utilidades también se manifiestan de distintos modos. Pueden votar al candidato que les brinde mayores beneficios económicos o que persigan sus mismos fines ideológicos, incluso se podrían inclinar por aquellos que les genere mayor seguridad y confianza para gobernar el país. Este punto resulta central. Sin importar qué compone los fines últimos que buscan los políticos (prestigio, poder, riqueza o políticas públicas) y qué tan divergentes sean en este sentido, todos van a converger en alcanzarlos mediante la captación de votos en elecciones. Por lo tanto, los políticos son siempre maximizadores de votos. En cambio, los votantes tienen una mayor variación de los objetivos que podrían llegar a componer sus utilidades, mientras que la mejor manera de maximizarlos no es fácilmente discernible. Además cuentan con asimetrías de información en relación a los políticos y sesgos sistemáticos que dificultan la acción colectiva.

Si por definición la democracia debe “responder a las preferencias de los electores”, dos puntos se vuelven cruciales: cuáles son los componentes de estas preferencias (qué demandan con su voto) y cómo se distribuye entre el electorado.

Las primeras respuestas a este problema surgieron desde las perspectivas económicas y de la teoría de los clivajes. A través de los modelos espaciales, Downs (1957) explica cómo los votantes se inclinan por aquel candidato o partido que se encuentra más cercano a sus preferencias en un eje de izquierda-derecha que configura una forma eficiente de

votar por programas sin tener que evaluar a cada candidato o partido por área de policy. La distribución de votantes en el eje suele ser normal, con la media y mediana de los votantes convergiendo en el centro del espectro. En cambio, enfoques como el de Lipset y Rokkan (2001) se centran en los partidos como agentes que estructuran el conflicto derivado de las múltiples divisiones sociales en una sociedad a través de procesos de integración y canalización de intereses en organizaciones políticas. La clave para esta literatura estaría en determinar cuántas son las divisiones relevantes y cómo se distribuye el electorado en torno a ellas.

Estas dos perspectivas comparten un supuesto: los vínculos entre votantes y políticos se estructuran programáticamente. Por este motivo se comenzó a tratar el fenómeno de la rendición de cuentas democrática bajo el modelo conocido como de “responsabilidad partidaria”. En este modelo los partidos compiten por votos ofreciendo a la ciudadanía paquetes de política que se comprometen a efectivizar una vez electos para ocupar cargos. Las políticas son decisiones vinculantes que necesariamente implican una distribución de costos y beneficios entre segmentos de ciudadanos. Para ello, los políticos buscadores de votos deben ajustar sus propuestas de modo de beneficiar a su núcleo electoral y aquellos que pueden ser potencialmente decisivos para ganar una elección.

Los votantes también eligen racionalmente a partir de las propuestas de los candidatos de forma de maximizar sus utilidades individuales. Para eso toman en cuenta los posicionamientos programáticos de los partidos, al igual que otros elementos como la credibilidad de éstos para llevar a cabo su programa en base a sus actuaciones pasadas o cuestiones de índole estratégica como las probabilidades reales de que su candidato resulte finalmente electo. Existe vinculación programática si se verifica una congruencia entre las políticas preferidas por los votantes de cada partido con el correspondiente paquete ofrecido y si existen diferencias entre partidos de modo que apelan a segmentos diferenciados de electores (Kitschelt et al, 2010).

Sin embargo, a partir de la tercera ola de democratización (Huntington, 1995), la afluencia de democracia en todo el mundo y en particular en América Latina dejó en evidencia una enorme diversidad de vínculos entre votantes y políticos que no se ajustan al modelo de la responsabilidad partidaria. Más aún, estos mecanismos de vinculación alternativos a los programáticos no solo se observan en democracias incipientes, también en democracias avanzadas como Austria, Italia y Japón.

En su trabajo seminal de conceptualización sobre el tema, Kitschelt (2000) distingue tres tipos ideales de vínculos entre políticos y votantes: programáticos, clientelares y personalistas. Según el autor, los tipos de vínculos se diferencian por los procedimientos a través de los cuáles se produce la rendición de cuentas y responsabilidad. No obstante, los bienes que se encuentran en juego en el intercambio también suelen ser diferenciados.

Los vínculos programáticos se comportan acorde al modelo de responsabilidad partidaria: los políticos distribuyen beneficios y costos de forma indirecta a través de políticas que no distinguen entre aquellos que votaron al partido de los que no. Por esta característica los teóricos normativos la consideran como el vínculo más legítimo (Kitschelt et al, 2010) ya que ambas partes de la agencia actúan racionalmente con un carácter deliberativo y porque, al definirse políticas universales, respetan la regla básica de igualdad ante la ley.

La estructuración programática de los sistemas tiene como condicionantes la institucionalización y organización partidaria. Lo que los votantes tienen para ofrecer es su voto pero al ser “avaros de información” no saben cómo su intención de votar a un candidato impactará en las decisiones sobre políticas públicas. Los partidos funcionan como “atajos informativos” al reducir las alternativas disponibles y permitir prever cómo las decisiones afectarán los resultados de la política. Por su parte, los políticos requieren de fuertes inversiones en resolución de conflictos e infraestructura organizacional para que el partido se haga de una única voz y cuente con la disciplina necesaria creando una medida de confianza entre los votantes de que perseguirán sus objetivos políticos luego de ganadas las elecciones (Kitschelt, 2000). Además se requiere una competencia programáticamente diferenciada para que efectivamente los votantes puedan elegir entre distintas opciones.

De forma contraria a la universalidad de los vínculos programáticos, los clientelares son directos y contingentes, mientras que los bienes distribuidos por los candidatos suelen ser materiales y privados. En este caso el problema al que se enfrentan tanto clientes como políticos es que el intercambio no es simultáneo, sino durante un período de tiempo, por lo que se puede dar la salida oportunista de alguna de las partes luego de recibir el pago (Kitschelt y Wilkinson, 2007). Si no están presentes las condiciones cognitivas y motivacionales los políticos deben desarrollar una infraestructura que resulte capaz de monitorear y aplicar castigos a los free-riders. Esto requiere fuertes inversiones en infraestructura organizacional a un mayor riesgo comparado con la construcción de vínculos programáticos. Como si fuera poco, rara vez serán esfuerzos suficientes para

ganar una elección a nivel nacional. Por estos motivos y sumado a su dificultad inherente de medición, más aún con las fuentes que utilizamos en este trabajo, no trataremos el mecanismo de vinculación clientelar en nuestros modelos. Sin embargo, resulta importante señalar su existencia y destacar los esfuerzos de conceptualización realizados para su entendimiento pese al carácter peyorativo con el que éste tipo de relación suele cargar.

Los linkgaes programáticos y clientelares fueron los más estudiados tanto a nivel teórico como empírico. Los vínculos de corte personalista son los menos conceptualizados y restringidos a algún fenómeno especial como los populismos o caudillismos latinoamericanos (Corrales 2008, 2009). Kitschelt (2000), quien observa los vínculos desde un punto de vista procedimental, define al personalismo como aquel mecanismo a apelar cuando no se realiza ninguna inversión en infraestructura y por lo tanto no se abordan los problemas de elección social y acción colectiva. Lo que mantiene unido al partido es el carisma de uno o pocos líderes políticos. Kitschelt et al (2010) mencionan los vínculos personalistas como residuos no racionales junto con la identificación partidaria. No obstante, según los autores racionalistas estos lazos afectivos no siempre traicionan el cálculo egoísta. La representación descriptiva, es decir, votar considerando atributos personales del candidato como el género, la clase o la etnia, puede estar vinculada a la expectativa de que un miembro promueva los intereses políticos del grupo social, mientras que el carisma del político se puede pensar como una expectativa respecto a la entrega de beneficios en tiempos de crisis.

En la literatura también aparecen las apelaciones personalistas del candidato como medio para diferenciarse de sus competidores en la provisión de bienes denominados de "valence". Los bienes "valence" son bienes colectivos que todos dentro de un país disfrutan y quieren ver producidos. Algunos ejemplos son el crecimiento económico, el cuidado del medio ambiente o la defensa exterior. En este sentido, los partidos o candidatos pueden posicionarse como los más capaces o con el mejor equipo para poder conseguir estos bienes preciados por toda la ciudadanía.

Pese a estas aproximaciones, no resulta del todo claro cómo se produce la rendición de cuentas bajo un formato de vínculos personalistas. Cuando se vota motivado por la representación descriptiva en el fondo está jugando la movilización política de un clivaje (que en última instancia se trata de un vínculo programático), mientras que los bienes "valence" no son excluyentes a otro tipos de vínculos, justamente se suelen pensar en

contexto de competencia programática. Además, la definición de Kitschelt (2000) limitándolo a un procedimiento donde no se resuelve ningún problema de elección social empaña las posibilidades de acercamiento a un fenómeno que parece ser cada vez más importante, así como en un pasado lo fueron los abordajes peyorativos hacia clientelismo. Por lo tanto, queda preguntarnos cómo funcionaría la “accountability” y “responsiveness” cuando lo que predomina son vínculos personalistas.

Si tomamos la definición de “personalización” como un proceso en el que los partidos pierden centralidad frente a los candidatos individuales, un abordaje que podemos realizar es intentar ver cómo éstos últimos podrían cumplir las funciones esenciales de los partidos (Dalton y Wattenberg, 2002) de modo de sustituirlos dentro del modelo de responsabilidad partidaria.

En primer lugar, los partidos se encargan de simplificar información. Para los votantes resulta imposible estar informados de todas las áreas de “issues” que se plantean en las elecciones, más aún de los posicionamientos que cada partido tiene sobre cada uno de ellos. Cuando los partidos políticos tienen posturas programáticas claras y consistentes funcionan como atajos de información para que los electores se den cuenta quienes representan mejor sus intereses o piensan como uno. En caso contrario, como contextos donde prima la indisciplina entre los integrantes del partido, donde hay consensos interpartidarios que dinamitan la necesaria polarización programática o bajo escenarios donde la política se reduce al interés únicamente de élites profesionales que restringen la participación generalizada y representación de todos los grupos sociales, esta función se ve claramente limitada (Lupu, 2014).

Por ejemplo, Roberts (2002) explica cómo las crisis económicas y las reformas neoliberales cambiaron completamente la configuración social en los países latinoamericanos. Procesos como la globalización económica que limitaron las opciones de política económica de los gobiernos, el declive del sindicalismo por la desindustrialización y reducción del sector estatal o la profesionalización de la elite política por el avance de la tecnología, provocaron una coyuntura crítica donde los clivajes sociales se vieron modificados, se minaron las formas tradicionales de organización partidaria y se redujeron las funciones programáticas de los partidos. La crisis de legitimidad partidaria permitió “a los outsiders políticos como Fujimori y Chávez, aparecer como los salvadores nacionales y establecer relaciones no mediadas con el electorado masivo de clase baja” (Roberts, 2002:72).

Otras explicaciones enmarcadas en democracias avanzadas de Europa Occidental, se han centrado en la aparición de nuevos “issues” post-materialistas (Inglehart, 1990) que trascienden los alineamientos partidarios existentes y cuestionan los medios de participación política tradicionales. En ambos casos, ya sea por la desestructuración de los grupos sociales y las formas tradicionales de organización o por la emergencia de nuevos valores, la atomización de intereses hace más difícil el trabajo de su agregación en programas, por lo que se recurre a la identidad personal para agrupar intereses comunes apelando a las cualidades personales como la confianza, transparencia y capacidad de gestión individual. Así la oferta electoral se simplificaría en materia informativa para elegir personas en lugar de programas pese a que el número de candidaturas pueda resultar mayor.

Otro punto importante del modelo de responsabilidad partidaria es la clara atribución de responsabilidades en las decisiones de un gobierno por parte del electorado. Si la mayoría de los políticos son independientes o fluctúan rápidamente de un partido a otro, y las etiquetas partidarias nacen y se debilitan en el corto plazo, se hace difícil para los electores atribuir las responsabilidades por los resultados de las políticas públicas. En cambio, cuando los partidos están institucionalizados y sus marcas son fácilmente distinguibles, se sabe quién está en el gobierno y quién en la oposición y qué medidas tomaron en sus respectivos roles, facilitando a los votantes la asignación de responsabilidades. La prominencia de vínculos personalistas centraliza las responsabilidades en una única figura y si ésta ocupa un cargo importante como la presidencia, la rendición de cuentas puede volverse más sencilla. Esto resulta normativamente cuestionable por la concentración de responsabilidad en una sola persona además de que podría verse truncada bajo instituciones que no permiten la reelección directa. Sin embargo, la personalización de la rendición de cuentas permite a los electores ordenarse en contextos de ideologías difusas y partidos cambiantes. Este tipo de vínculo se puede pensar a nivel más bajo, como en elecciones de legisladores pertenecientes a circunscripciones uninominales donde lo que se busca es maximizar la función “participativa” (Payne et al, 2006): los políticos rinden cuentas en una relación de cercanía con quienes tienen que evaluar si recompensar o sancionar de acuerdo al desempeño personal. Este tipo de responsabilidad individual que evalúa el desempeño en una relación de aparente cercanía con electorado ha sido señalada

por parte de algunos analistas como la manera que el presidente Luis Lacalle Pou rinde cuentas ante la ciudadanía<sup>1</sup>.

En los tradicionales partidos de masas el proceso de movilización implicaba a la organización partidaria trabajando directamente en el territorio involucrando a los ciudadanos en la campaña electoral para poder generar vínculos de lealtad. Una de las explicaciones del declive de los partidos políticos de masas sostiene que el avance de la tecnología redujo los costos de inversión en infraestructura ya que a través de encuestas de opinión pública se puede tener buenos acercamientos a los votantes y mediante los medios de comunicación masivos hacer llegar mensajes a una mayor cantidad de personas. Los medios de comunicación son grandes rivales de los partidos al quitarles su papel informativo, pero a la vez les otorga grandes ventajas para reducir costos en el contacto con simpatizantes y posibles votantes. Wattenberg (1991) mostró que en Estados Unidos el avance de la tecnología cambió el foco de las campañas de los partidos a los candidatos, al permitir a estos últimos renegar de los recursos partidarios que antes resultaban decisivos como forma de darse a conocer.

Habiendo esbozado razones preliminares por las cuales es posible pensar en una rendición de cuentas de corte personalista, es necesario hacer una última aclaración sobre las relaciones entre políticos y electores. Es que si bien tanto al nivel de partidos como de sistema de partidos suele predominar un tipo de vínculo, éstos pueden combinar distintos mecanismos de rendición de cuentas e incluso segmentar y hacerlos dirigidos a diferentes grupos de electores (Luna, 2014; Kitschelt y Wilkinson, 2007). Por esta razón, resulta interesante conocer la importancia de cada uno de los tipos ideales a la hora de inclinarse por un candidato presidencial funcionando de forma conjunta. En este trabajo se pretende

---

<sup>1</sup> Se reseñan algunos ejemplos:

En la asunción de sus Ministros de Gobierno, Luis Lacalle Pou señaló: “(...) y si en algún momento las cosas no salen como los uruguayos necesitan y quieren no miren al costado, la responsabilidad va a ser exclusivamente del Presidente de la República”

En conferencia de prensa luego de ser arrestado el jefe de seguridad presidencial Alejandro Astesiano y ante la consulta de un periodista sobre su conocimiento previo de los antecedentes del custodio respondió: “Y con todo tu respeto, entendiendo tu pregunta, a esta altura creo que nos conocemos y saben cómo actúa el Presidente de todos los uruguayos”.

Tras la aprobación uno de los proyectos más importantes de su gobierno publicó un video “para conversar con ustedes [los ciudadanos]” explicando la importancia de la ley: “También hay un tema que es intrínseco a nosotros, y voy a hablar en primera persona, que es intrínseco a mí. Que es asumir” (...) Yo me imagino no haber hecho el intento, me imagino haber dejado pasar el tiempo, decir que es urgente, decir que es necesario, asumir un compromiso y dejar pasar el tiempo. Yo no podría mirarlos a los ojos después.”

avanzar en la medición y ponderación de los vínculos programáticos y personalistas actuando en forma conjunta a través de lo declarado en encuestas de opinión pública.

Si pensamos la personalización de la política bajo la literatura de vínculos entre electores y políticos, lo que se debería observar es un incremento en el peso de los lazos personales que se generan con líderes políticos individuales y una caída de la participación de los vínculos programáticos asociados a los partidos políticos.

### **3. Linkages y comportamiento electoral**

En la sección anterior se presentaron los distintos vínculos que pueden existir entre votantes y políticos y cómo se procesa la rendición de cuentas democrática y la responsabilidad en cada uno de ellos. Pero las distintas configuraciones de los mecanismos de vinculación también tienen su impacto y relación con el comportamiento electoral.

Existen dos explicaciones clásicas que abordan la fragmentación partidaria: los enfoques institucionalistas y los enfoques sociológicos. El enfoque institucionalista tiene su origen en el trabajo de Duverger (2002) quien estaba preocupado en determinar cómo los diferentes sistemas electorales impactaban en el número de partidos. En su libro estableció dos proposiciones que luego serían conocidas como “Leyes de Duverger”. La primera entiende que el sistema de mayoría a una sola vuelta favorece al sistema bipartidista mientras que la segunda establece que el sistema de mayoría proporcional con segunda vuelta lo hacen hacia el multipartidismo. Con este trabajo como puntapié inicial muchos autores se han preocupado por observar los incentivos que ciertos mecanismos institucionales generan sobre el número de candidatos o partidos resultantes, como por ejemplo, la fórmula de asignación de escaños, la posibilidad de reelección del incumbente o las relaciones y secuencia entre elecciones de distinto nivel.

Frente al “determinismo institucionalista” surgieron voces críticas de aquellos para quienes la base de los sistemas de partidos se encuentra en la estructura social. Este grupo considera a las reglas electorales como explicaciones marginales y en todo caso son tratadas como variables endógenas, ya que son los mismos partidos quienes dictan sus propias reglas de competencia. Para esta corriente, las diferencias entre sistemas bipartidistas y multipartidistas habría que buscarlas en la cantidad de clivajes sociales en un país determinado. Las sociedades homogéneas o con un solo clivaje relevante van a

tender hacia la construcción de un sistema bipartidista, mientras que las sociedades con muchas divisiones en su interior van a hacerlo hacia el multipartidismo.

El trabajo referente para los enfoques sociológicos es el de Lipset y Rokkan (2001) quienes introdujeron el concepto de clivajes sociales para explicar la estructuración de los sistemas políticos. Sin embargo, tal como explica Cox (2004) los conflictos ideológicos que dividen a las sociedades no encuentran representación política de forma automática y menos mecanicista aún es la formación de un partido político. La partidización de los clivajes sociales “requiere que alguien los ponga en movimiento, alguien con recursos capaz de competir con otros emprendedores políticos, quienes a su vez pueden tratar de impedir la politización de ese clivaje específico o activar otros” (2004:45). Por este motivo, se puede considerar los enfoques institucionalistas y sociológicos como complementarios y como parte de un mismo proceso que comienza con la politización de conflictos en una primera etapa y finaliza con la asignación de votos en escaños.

Pero Cox (2004) no solo instala la idea de complementariedad entre los dos enfoques clásicos, también introduce un elemento que se ubica entre la politización y la fórmula de asignación de cargos: la transformación de las preferencias políticas en votos. Si bien las instituciones van a jugar un rol fundamental, lo realmente decisivo para el autor es la coordinación electoral de políticos y electores. La coordinación constituye un elemento político sustantivo y una variable más elástica para explicar cambios a corto plazo donde tanto el sistema electoral como la estructura social se encuentran prácticamente inmóviles.

Para los votantes, bajo la idea de coordinación electoral subyace la necesidad de no querer “desperdiciar” su voto. Las dos formas de hacerlo es votar por un candidato seguro perdedor o a un seguro ganador. Los electores racionales votarán por aquellos “candidatos marginales”, quienes se encuentran al borde de ganar o perder. El sistema electoral establece el límite superior por el cual se sabe cuántas candidaturas son viables, es decir, la “capacidad de carga” del sistema. Los políticos cuentan con incentivos similares: para largarse a la competencia evaluarán si entran dentro del conjunto de candidatos que pueden llegar a obtener un número suficiente de votos para pelear por el cargo que busca. En caso contrario, se retirarán de la competencia de forma de no desperdiciar recursos en una recompensa lejana. Este proceso de entrada y salida de candidaturas se tramita hasta llegar a un equilibrio con candidaturas potencialmente ganadoras o perdedoras.

Si bien el número de partidos o candidatos final va a depender de la magnitud de la circunscripción por la ecuación  $M+1$ , el efecto de la coordinación electoral de la oferta y la demanda va a ser reductor. A mayor coordinación se va a reducir el número efectivo de partidos, mientras que a menor coordinación éste va a aumentar. Pero si muchos son los países que presentan altos niveles de fragmentación, lo importante es desentrañar en qué contextos la coordinación se hace efectiva.

En este punto es donde entran a jugar los mecanismos de vinculación. El límite superior nos indica cuántas candidaturas están en condiciones de disputar el cargo, pero esto resulta inocuo si no tenemos información sobre cuáles son las candidaturas viables. Para determinar la “reputación concerniente a la viabilidad”, Cox (2004) destaca el rol de los avales partidarios ya que “suelen indicar, con precisión variable, dónde está situado el candidato que recibe el aval o la adhesión respecto a las cuestiones electorales” (197:2004). Si los partidos tienen apelaciones programáticas consistentes funcionan como “puntos focales” que atenúan el dilema de acción colectiva concentrando electores con similares preferencias programáticas en unos pocos candidatos. Desde el punto de vista de la demanda, Cox (2004) lo explica como una “profecía auto-cumplida”, es decir, si todas las personas de izquierda piensan que sus pares izquierdistas votarán por el Frente Amplio (FA), lo más racional es que también lo hagan. Desde la oferta, la estructuración programática permite regular la entrada y salida de candidatos a través del “retiro estratégico”, lo que implica el retiro y posterior apoyo a candidatos programáticamente similares pero con mayores posibilidades de entrar en el margen de posibles ganadores o perdedores de la contienda a cambio de concesiones (Luján, 2017).

Por lo tanto, la estructuración programática tendría un efecto reductor de candidaturas y de fragmentación partidaria al ser el insumo informativo más importante para maximizar la coordinación electoral de votantes y candidatos. Luján (2020) demuestra como la diferenciación ideológica efectivamente tiene un impacto significativo en una menor cantidad de candidaturas presidenciales, candidaturas presidenciales efectivas y en la concentración de voto en candidatos viables para las elecciones presidenciales de América Latina desde los años noventa en adelante.

En este marco, las etiquetas partidarias conforman una ventaja frente a la cual las agrupaciones nuevas con ambiciones en el corto o mediano plazo deben decidir si competir dentro de ellas o aventurarse a formar un partido nuevo intentando desplazar a los partidos consolidados. Para Cox (2004) la maximización de las utilidades en esta

decisión va a depender de la permeabilidad de las nominaciones dentro de los partidos establecidos y la ponderación de la ventaja de contar con el aval partidario.

Según Luján (2021), quizás exceptuado al FA, los requisitos y exigencias para presentarse dentro de los partidos consolidados en Uruguay son escasos: apenas estar afiliado al partido y contar con el apoyo de una agrupación que respalde la candidatura. Esta característica incentivaría a los políticos novatos a competir bajo los partidos consolidados. Incluso el mismo Cox (2004) ejemplifica el caso uruguayo como un sistema con partidos muy permeables, lo que habría contribuido a su importancia y estabilidad. No obstante, la reforma electoral de 1996 podría haber modificado los incentivos para aquellas agrupaciones políticas nuevas con perspectivas a mediano y largo plazo. Por el voto conjunto y fusionado en una única hoja de votación, las elecciones presidenciales y legislativas se influyen mutuamente. Los candidatos legislativos tienen el incentivo de subirse al “presidential coattail” (Hicken y Stoll, 2011, Jones, 2018) para aprovechar la ventaja de la visibilidad del candidato presidencial. A su vez, candidatos que integran listas legislativas presentan su candidatura presidencial, no porque realmente aspiren a ganarla, sino porque el sistema los obliga a tener su propio candidato para competir por una banca. La implementación de la doble vuelta presidencial incentiva a los partidos pequeños a presentar su propio candidato ya que la definición para ocupar el cargo más alto difícilmente se termine en una primera vuelta por mayoría absoluta. Una buena votación en la primera vuelta permite además reforzar la posición negociadora frente a los candidatos que participan en la definición (Payne et al, 2006).

La ventaja del aval partidario parte de la premisa de que la competencia electoral es programática, y como ya vimos con la literatura de mecanismos de vinculación, esto no es siempre así. En un sistema donde se tiene la percepción que no prima este patrón de competencia el peso de la ventaja partidaria pierde fuerza a la hora de optar por iniciar un camino con una etiqueta propia.

Ya sea por la oportunidades y restricciones que brindan las reglas partidarias para presentar candidaturas dentro de los partidos consolidados o por la percepción de una baja magnitud de la ventaja del aval partidario, desde la literatura que ponen el foco en los incentivos de información, las agrupaciones partidarias que decidan competir bajo un lema propio van a tener en las cualidades personales de sus líderes el principal recurso para captar votos. Esto es así ya que la consistencia programática se gana con el paso del tiempo mediante el desempeño y la construcción de reputación. En principio, vamos a

tomar esta idea para la formulación de hipótesis al respecto ya que además de ser consistente con la literatura también explica la asociación entre fragmentación electoral y la personalización. Pese a tomar esta postura como hipótesis, resulta útil revisar qué argumentan otros enfoques sobre este punto.

Desde los estudios sobre partidos que parten de la teoría sobre la organización, el perfil personalista de los partidos nuevos no es tan claro. Por un lado, Panebianco (1990) señala que los partidos en su génesis tienen una ideología manifiesta que es la causa común que une a sus miembros en una fase inicial encausando a sus integrantes en la movilización frente la diversidad de intereses individuales. Con la institucionalización y el pasaje a una etapa de madurez, los fines ideológicos se vuelven latentes y dejan lugar al objetivo principal de la supervivencia organizacional. Por otro lado, en la fase inicial de desarrollo organizacional, los líderes cuentan con una amplia libertad de maniobra para hacer frente a las dificultades de supervivencia frente a un ambiente cambiante y poder mantener así una “estrategia de dominio”, ya que en caso contrario se dismantelaría la organización por diferencias internas. Con una creciente institucionalización la libertad de los líderes se va restringiendo.

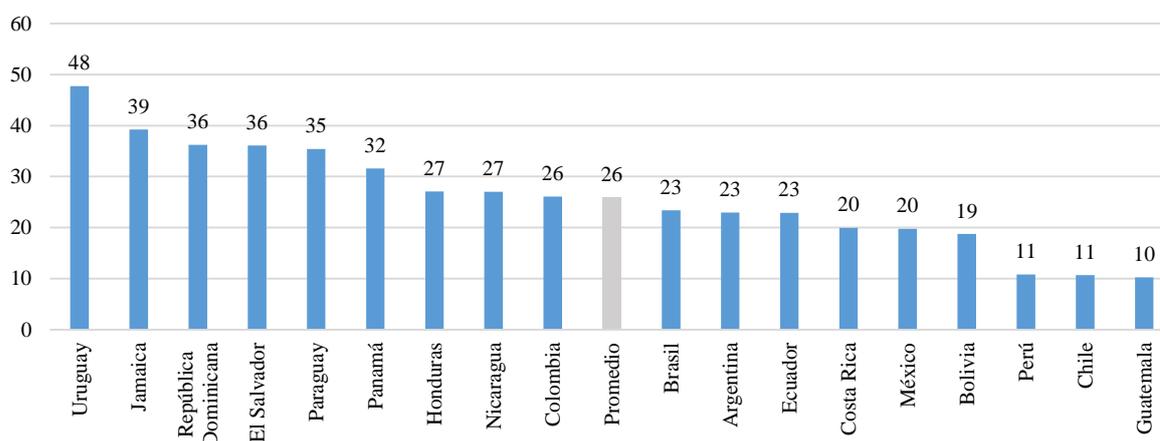
La importancia de los líderes fundadores de los partidos también es señalada por Levitsky, Loxton y Van Dick (2016), al afirmar que un partido es electoralmente exitoso si logra mantener niveles de votación relativamente altos en elecciones consecutivas, pero además debe superar el retiro de sus líderes fundadores del escenario político. Para los autores, aquellos partidos que logran el éxito electoral de la mano del carisma de sus líderes fundadores no deben ser considerados como partidos exitosos, ya que por definición las organizaciones partidarias son más que vehículos personalistas.

En definitiva, el aumento de la fragmentación electoral en el corto plazo es un síntoma de descoordinación electoral. Para que la coordinación se maximice, el insumo informativo más importante tanto para electorales como para políticos es la diferenciación programática. Si los partidos se inclinan por estrategias personalistas aumenta la descoordinación electoral. A su vez, para los partidos nuevos la diferenciación mediante las cualidades personales de sus candidatos es casi su única opción posible por no contar con el “aval programático” de un partido consolidado o el tiempo suficiente para construir una reputación programática consistente.

#### 4. El caso uruguayo

Uruguay constituye un caso particularmente interesante en este contexto de crisis partidaria global y en presencia de fenómenos como la fragmentación y personalización de la política. Su sistema político ha sido definido como una “partidocracia” (Caetano, et al. 1985) dada la centralidad que los partidos políticos tienen en la estructuración del proceso político, a la vez de contar con una identificación partidaria en la ciudadanía muy alta comparada con sus pares latinoamericanos. Casi la mitad de los uruguayos declara tener simpatía hacia algún partido político, posicionándose con la tasa más alta entre los países de la región, con una diferencia de más de 22 puntos porcentuales respecto al promedio latinoamericano.

Gráfico 1. Simpatía con algún partido político en países de América Latina 2018-19



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de LAPOP 2018-19.

Los vínculos entre candidatos presidenciales en particular y los votantes resulta central por múltiples motivos. Al igual que la mayoría de los países de la tercera ola de democratización, Uruguay cuenta con un régimen de gobierno distinto a los establecidos en muchas de las democracias avanzadas de Europa Occidental. El presidencialismo se distingue del parlamentarismo por la elección directa de los jefes de gobierno y por mandatos fijos tanto a nivel del Ejecutivo como del Legislativo. Shugart y Carey (1992) destacan que el presidencialismo garantiza una mayor rendición de cuentas en cada elección, ya que los presidentes y partidos que pasan por el gobierno se someten al voto popular y no hay opción que se gobierne sin rendir cuentas en elecciones. Por este motivo también existe una mayor identificación de las responsabilidades: se sabe quién estuvo en el gobierno y en la oposición. En ambos procesos de rendición e identificación de

responsabilidades el presidente reúne una mayor atención (Jones, 2018), característica que en tono de crítica Linz (1998) define como “política plebiscitaria”.

Además de su régimen político, el sistema electoral uruguayo hace del candidato presidencial una figura central. Las elecciones legislativas y presidenciales se encuentran fuertemente vinculadas no solo por la concurrencia temporal, también por el voto conjunto de ambos niveles en una única hoja de votación que se caracteriza por ser cerrada y bloqueada. La suerte de los pretendientes de bancas parlamentarias está atada al desempeño e imagen de su candidato presidencial y viceversa (Hicken y Stoll, 2011; Jones, 2018). La reforma electoral de 1996 dividió el ciclo electoral introduciendo primarias obligatorias por partido en las cuales se elige un candidato único a presidente y una instancia de balotaje en caso de que no se llegue a mayoría absoluta en primera vuelta. En ambas instancias electorales, internas y balotaje, la nominación presidencial se vuelve particularmente central. Bajo el sistema anterior de mayoría relativa y doble voto simultáneo, ganaba el premio mayor el candidato más votado dentro del partido más votado, primando la victoria partidista sobre la candidatura. Ahora la elección presidencial arrastra mucho más la legislativa e incluso el futuro presidente debe contar con un apoyo propio ganado en una segunda vuelta que supere al eventual respaldo partidario, aumentando así su legitimidad popular e independiente de la partidaria (Rahat y Hazan, 2001).

Dada la centralidad del presidencialismo como institución dentro del principal mecanismo de rendición de cuentas en democracia, las elecciones, y el lugar clave que ocupa la candidatura presidencial en el sistema electoral uruguayo, creemos pertinente estudiar las relaciones entre los votantes en general y los candidatos presidenciales en particular como medio para acercarse a las configuraciones de los “linkages” en Uruguay.

Según la literatura politológica nacional, una serie de eventos históricos derivaron en una estructuración programática del sistema de partidos actual. Durante casi la totalidad del siglo XX, el sistema de partidos uruguayo se caracterizó por un fuerte bipartidismo, donde el Partido Colorado (PC) junto al Partido Nacional (PN) reunían más del 90% de los votos. Estos partidos tienen un origen anterior a la conformación del Estado uruguayo y más aún al establecimiento de la competencia democrática en 1918.

En un comienzo las diferencias partidarias se tramitaban mediante conflictos bélicos entre las divisas colorada y blanca que fueron resueltos con mecanismos que promovieron la

coparticipación en el poder. La Paz de Abril de 1872 permitió ponerle fin a la Revolución de las Lanzas y resultó un primer mojón en este sentido, ya que establecía la repartición de las Jefaturas Políticas Departamentales entre ambos bandos. Las prácticas de coparticipación se extendieron e institucionalizaron con la Constitución de 1918 al establecer un Ejecutivo bicéfalo que contaba, además de la figura presidencial, con un Consejo Nacional de Administración compuesto por nueve miembros correspondiendo dos tercios a la lista más votada del partido más votado y el resto a la lista más votada del partido que quedara en segundo lugar. Otro ejemplo recurrente es la conformación de los Directorios de los Entes Autónomos establecida por la Constitución de 1934. Su integración dependía del apoyo de una mayoría especial de 3/5 de los representantes del Senado, requiriendo entonces un acuerdo de coparticipación entre los principales partidos. Esto llegó a su cúspide con el Ejecutivo totalmente colegiado representando en la figura del Consejo Nacional de Gobierno creado en la Constitución de 1952 que se conformaba con nueve miembros, seis del partido ganador y tres del segundo partido en votos.

Estas prácticas de coparticipación colaboraron con la consolidación de la democracia en Uruguay denominada por Chasqueti y Buquet (2004) como una “partidocracia de consenso”. Los acuerdos en este sentido también promovieron la creación de mecanismos clientelares (Solari, 1990) a la vez que reforzaban una enorme identificación partidaria en la población. A lo largo del siglo XX los vínculos clientelares no siempre primaron, la estructuración programática predominó en las primeras décadas del siglo con la reacción conservadora a las políticas reformistas impulsadas por los gobiernos de José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) que a su vez pudieron suceder dada la centralidad de los partidos en la organización del Estado y la relativa autonomía de la élite política frente a otras élites societales.

El bipartidismo se rompió finalmente en 1971 con la aparición del FA, nacido fruto de una coalición de partidos hasta el momento denominados “de ideas” y fracciones de los partidos tradicionales. Pese a irrumpir con fuerza, la trayectoria electoral del nuevo partido y la reconfiguración del sistema en su conjunto sufrieron un freno repentino con el golpe de Estado y la consecuente dictadura para volver en 1984 con un resultado casi idéntico al mostrado trece años antes. A partir de la década de los ochenta, Uruguay experimentó una “doble transición” con la superación del régimen dictatorial y la implementación de reformas neoliberales (Lanzaro, 2004).

Esta transición tuvo un doble efecto sobre los vínculos entre partidos y votantes. Por un lado, la reforma del Estado desmanteló las posibilidades de desarrollo clientelar, al menos a nivel nacional, mediante la profesionalización y restricción de la cantidad de cargos públicos. Por otra parte, reestructuró el sistema de partidos en dos bloques: por un lado aquellos partidos que impulsaban las reformas de corte neoliberal, fundamentalmente colorados y blancos, y por otra parte quienes se opusieron claramente a ellos, el FA. Esta estructuración de la competencia se puede ubicar en un eje de izquierda-derecha y es la que prevaleció en las últimas décadas (Buquet y Piñeiro, 2014). Esta interpretación iría acorde a otros trabajos recientes que parten de modelos espaciales para explicar el voto a candidatos presidenciales, donde la diferenciación polarizada permite a los partidos brindar señales claras a los electores que votan según preferencias direccionadas en ciertos issues de política considerados como los más importantes al momento de la elección (Moraes y Luján, 2016).

Si bien a nivel sistémico suele primar un tipo de vínculo, éstos pueden variar a nivel partidario, por lo que resulta necesario hacer algunas precisiones por bloques. Por el lado del FA, al ser un partido con origen externo a la construcción del Estado y con un discurso crítico frente al régimen establecido, se espera que los vínculos con sus electores sean más fuertemente programáticos (Shefter, 1994). A esto se suma su condición de coalición de “partidos de ideas” con sectores de origen marxista, que desde los enfoques centrados en ideologías políticas se señala su éxito como un factor desencadenante de la competencia programática (Kitschelt, 2000). Otro argumento en este sentido es que la estructura organizativa del FA hace que sus militantes, naturalmente más radicalizados, tengan una voz institucionalizada y puedan presionar para que el partido mantenga su impronta programática (Pérez Bentancur et al 2019). A todas estas características endógenas del partido hay que sumarle la casi monopólica ubicación en el espectro izquierdista. Por estas razones esperamos un mayor peso de los vínculos programáticos en este partido en relación a sus competidores.

Al otro lado del espectro ideológico, se encuentra una mayor fragmentación. Las estrategias de diferenciación, por lo tanto, no deberían estar tan estrictamente atadas a lo programático, sino que se espera una mayor apelación a la capacidad de proveer bienes de tipo “valence” que exalte las características particulares de sus candidatos frente a los de sus pares programáticos.

Es probable que las diferencias no existan únicamente a nivel de partidos sino entre distintos grupos del electorado. Luna (2007, 2008, 2014) muestra que la estrategia óptima para maximizar votos consiste en ofrecer vínculos diferenciados y dirigidos según segmentos sociales. Por ejemplo, Luna (2007) relata que deberíamos esperar una mayor apelación a atributos personales en aquellos grupos más despolitizados pertenecientes a los niveles educativos más bajos, mientras que otros autores sostienen que los segmentos con mayores niveles educativos tienen más información, habilidades y recursos para ser autosuficientes y prescindir de la lealtad partidaria para guiarse al momento de votar (Dalton, 1984). Por lo tanto, es importante considerar variables sociodemográficas a la hora de estimar modelos sobre mecanismos de vinculación.

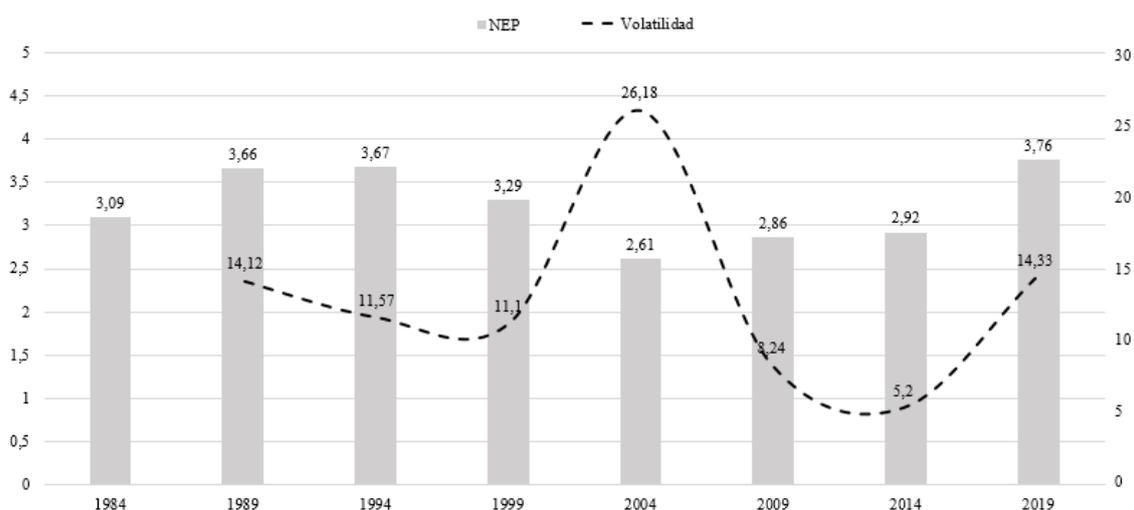
Luna (2007) también señala la importancia de comprar las estrategias de vinculación a través del tiempo para ver cómo evolucionan, particularmente en los contextos de alta volatilidad electoral. A diferencia del resto de Latinoamérica, el caso uruguayo presenta un sistema de partidos altamente institucionalizado (Mainwaring y Scully, 1995; Piñeiro y Rosenblatt, 2018) y con una baja volatilidad electoral comparada con otros países de la región (Cohen et al, 2018).

Pese a la estabilidad histórica y la fortaleza del sistema de partidos, el ciclo electoral de 2019 presentó algunas novedades que podrían representar cambios significativos en la composición de los mecanismos de vinculación en el corto plazo. En primer lugar, se produjo un aumento considerable de la volatilidad electoral. La volatilidad electoral “captura el grado de lealtad del electorado hacia los partidos políticos que componen un sistema de partidos” (Ruiz y Otero, 2013:143) a nivel agregado y es utilizado para medir la estabilidad de un sistema. El Índice de Volatilidad Electoral de Pedersen (IVEP) había oscilado entre 11 y 14 desde el retorno de la democracia hasta 1999. Como vimos, en esos momentos el país se encontraba procesando el alineamiento programático del sistema de partidos en torno a las reformas neoliberales, que se caracterizó por un fuerte crecimiento del FA como el principal opositor a las reformas, que en un lapso de 20 años aumentó su participación en casi 30% en proporción de votos válidos, y una convergencia programática entre colorados y blancos que se sucedió en la conformación de diversos gobiernos de coalición durante todo el período. Este proceso culminó en 2004 cuando el FA ganó las elecciones por primera vez en su historia mediante una mayoría absoluta y se dio el desplome electoral del PC. A partir de ese momento, el sistema de partidos se había caracterizado por una notable estabilidad que terminó en las elecciones de 2019

cuando la volatilidad se disparó en desmedro de pérdidas en el apoyo electoral tanto del partido de gobierno como de los partidos tradicionales.

En segundo lugar, la pérdida de votos hacia los partidos consolidados se tradujo en una mayor fragmentación del sistema. Desde 2004, el NEP había oscilado siempre entre los 2 y 3 partidos, fuertemente repartidos entre el FA, el PN y el PC. En el ciclo electoral del 2019 se alcanzó el máximo histórico de 3,76 partidos relevantes que derivó en el ingreso al parlamento de siete partidos diferentes. Debido a la fragmentación electoral, el partido ganador se vio obligado a conformar una coalición de gobierno integrada por más de dos partidos en aras de tener mayorías parlamentarias. Anteriormente los acuerdos para conformar gobiernos de forma conjunta se habían producido únicamente entre sectores del PN y el PC.

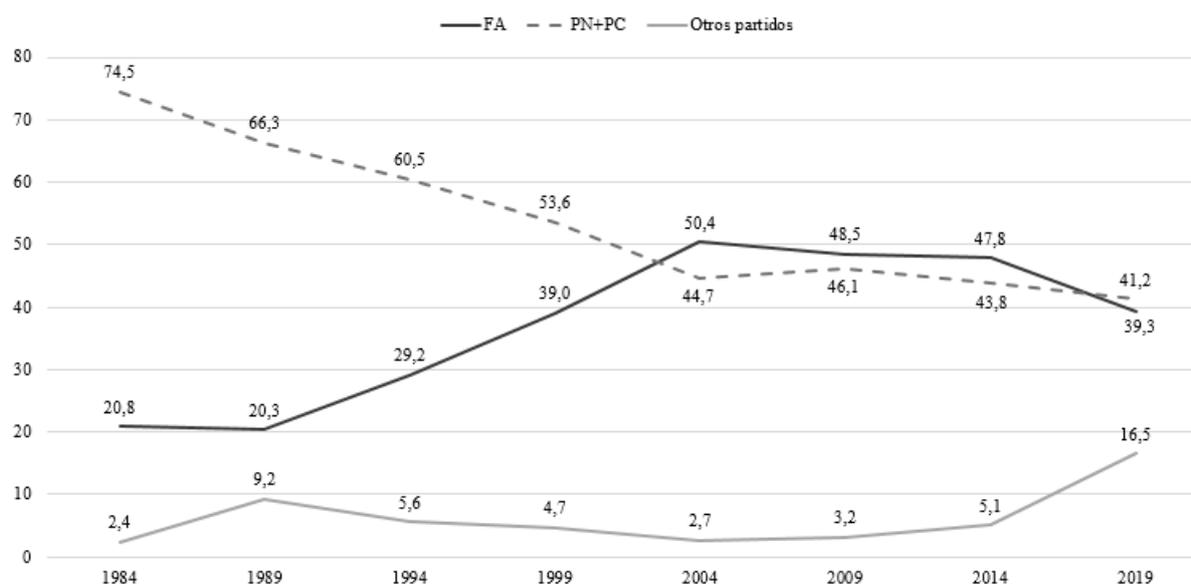
**Gráfico 2. Número Efectivo de Partidos e Índice de Volatilidad Electoral de Pedersen por elección (1984-2019)**



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Boreluy (Schmidt, Cardarello, Luján, (2020))

En tercer lugar, la inclinación por cuartos partidos llegó también a su máximo al reunir el 16,5% de los votos. Anteriormente el punto más alto había ocurrido en las elecciones de 1989 con el fuerte impulso de Nuevo Espacio (NE), grupo escindido del FA para dichas elecciones, que liderados por Hugo Batalla logró captar el 8,6% de los votos. Si bien se había iniciado una tendencia creciente de la oferta de partidos luego de la reforma electoral de 1996, en este caso el aumento de la oferta fue convalidada por la demanda.

**Gráfico 3. Resultados electorales por bloques por elección (1984-2019)**



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Boreluy (Schmidt, Cardarello, Luján, (2020))

Las elecciones de 2019 cuentan a su vez con la mayor cantidad de candidatos presidenciales desde la reforma electoral de 1996 (Luján, 2021). Como se mencionó anteriormente, entre los diversos cambios de dicha reforma, se incluyó elecciones primarias para elegir candidatos únicos a las elecciones nacionales. Dalton, McAllister y Wattenberg (2002) explican el fenómeno de la “política centrada en candidatos” como el resultado de las primarias para la nominación de candidatos junto con la aparición de la televisión como medio de comunicación masivo. El ciclo electoral de 2019 fue el primero en que todos los candidatos hicieron uso frecuente de redes sociales como forma de comunicación en campaña. Tanto es así que una plataforma como Twitter ha sido fuente de estudio del comportamiento electoral y de las dinámicas de competencia del sistema político uruguayo (Bogliaccini et al, 2021)

Junto al punto anterior, la elección de 2019 se destaca por la aparición de partidos que participan por primera vez en estas elecciones y hacen de sus candidatos presidenciales su principal capital político como son el Partido de la Gente (PdeG) y Cabildo Abierto (CA). Éste último destacó por un ingreso meteórico al ser formado apenas meses antes de las elecciones y a su vez contar con un relativo éxito, superando la marca del 10% que ningún otro cuarto partido en la historia reciente había alcanzado, marcando un camino potencialmente exitoso según la definición Levitsky, Loxton y Van Dick (2016). Además resultó un actor clave para la conformación de la Coalición Multicolor (CM) que llevó a

Luis Lacalle Pou al gobierno ya que del mantenimiento de su lealtad depende la mayoría parlamentaria en ambas cámaras.

En el caso de los partidos nuevos, la formación de candidaturas con “outsiders” puede resultar lógico, más si adquiere un perfil propio de un clivaje que no se encontraba anteriormente politizado en términos partidarios. Sin embargo, este tipo de candidaturas también irrumpieron en la interna de los partidos tradicionales, y en el PC fue un precandidato “outsider” quién se impuso al dos veces presidente Julio María Sanguinetti para ser el candidato único del partido en octubre. Mientras que Juan Sartori, un empresario millonario sin experiencia política previa ni conocimiento en la opinión pública, fue la gran sorpresa en la interna blanca posicionándose en segundo lugar por delante de líderes políticos con amplia trayectoria como Jorge Larrañaga y Enrique Antía.

Otro indicio de que podríamos estar frente a un aumento de la importancia de los candidatos presidenciales individuales se manifiesta en la libertad de acción para elegir a sus compañeros y compañeras de fórmula. Desde de la implementación de las primarias en 1999 se estilaba elegir como acompañante al perdedor de la competencia intrapartidaria cuando la diferencia entre ambos era menor a 15% o en su defecto a un dirigente reconocido de otro sector (Buquet y Piñeiro, 2014). Por más de que todos los ganadores en las internas de 2019 superaron el margen que le permitiera prescindir del perdedor en la conformación de la fórmula, se trató de elecciones internas con fuertes niveles de competitividad. Fueron las primarias con mayor cantidad de precandidatos y un mayor número efectivo de candidatos (NEC) para los tres grandes partidos. Además en el caso del FA y el PC representan las elecciones con menor apoyo electoral para el precandidato vencedor.

A pesar de que sobre este escenario de fragmentación interna se podría esperar la elección de una fórmula que contemple los equilibrios partidarios, se eligieron compañeros que lejos estaban de ser líderes sectoriales y que además destacaban por ser poco conocidos por la opinión pública. Todos los candidatos a vicepresidentes anteriores a 2019 tuvieron cargos inmediatamente previos como ejecutivos (ministerios, intendentes) o como integrantes la cámara alta (senadores) donde suelen estar sentados los líderes sectoriales (Chasquetti, 2014). Raúl Sendic y Hugo de León son los dos casos no entran dentro de estos parámetros. Sin embargo, el primero tuvo su pasaje como Ministro de Industria, fue Presidente de un importante ente público y resultó ser el líder de fracción cuyo sector fue el más votado en las elecciones primarias de 2014. Hugo de León, en cambio, destacaba

por ser una figura pública muy conocida por sus méritos deportivos, fue elegido en un momento de marcado declive electoral del partido y por un liderazgo fuertemente concentrado en Pedro Bordaberry que difuminaba las diferencias internas. Ningún candidato a presidir la Cámara de Senadores en 2019 cumplió con este perfil, lo más cercano fue Beatriz Argimón quien inmediatamente antes fue presidenta del Honorable Directorio del PN y dos períodos antes había sido electa diputada.

**Cuadro 1. Resultados elecciones primarias para el ganador y segundo, diferencia, Número Efectivo de Candidatos, cantidad de candidatos presentados, fórmula resultante y último cargo ocupado por candidato a vicepresidente (1999-2019)**

Elección	Partido	Ganador		Segundo lugar		Diferencia	NEC	Candidatos	Fórmula resultante	Cargo
1999	Partido Colorado	Battle	55	Hierro	44	11	2,0	5	Battle-Hierro López	Ministro del interior
	Partido Nacional	Lacalle	48	Ramírez	32	16	1,8	5	Lacalle-Abreu	Ministro de Relaciones Exteriores
	Frente Amplio	Vázquez	82	Astori	18	65	2,4	2	Vázquez-Nin Novoa	Intendente de Cerro Largo
2004	Partido Colorado	Sterling	91	Iglesias	7	84	1,2	7	Sterling-Viera	Intendente de Rivera
	Partido Nacional	Larrañaga	66	Lacalle	34	32	1,8	3	Larrañaga-Abreu	Ministro de Industria
	Frente Amplio	Vázquez	100	-	-	100	1,0	1	Vázquez-Nin Novoa	Senador
2009	Partido Colorado	Bordaberry	72	Amorín	15	58	1,8	6	Bordaberry-De León	-
	Partido Nacional	Lacalle	57	Larrañaga	43	14	2,0	3	Lacalle-Larrañaga	Senador
	Frente Amplio	Mujica	52	Astori	39	13	2,3	3	Mujica-Astori	Ministro de Economía/Senador
2014	Partido Colorado	Bordaberry	74	Amorín	26	49	1,6	3	Bordaberry-Coutinho	Intendente de Salto
	Partido Nacional	Lacalle Pou	54	Larrañaga	46	9	2,0	4	Lacalle Pou-Larrañaga	Senador
	Frente Amplio	Vázquez	82	Moreira	18	64	1,4	2	Vázquez-Sendic	Presidente de ANCAP
2019	Partido Colorado	Talvi	54	Sanguinetti	33	21	2,4	6	Talvi-Silva	-
	Partido Nacional	Lacalle Pou	54	Sartori	21	33	2,7	5	Lacalle Pou-Argimón	Diputada
	Frente Amplio	Martínez	42	Cosse	26	16	3,3	4	Martínez-Villar	Edila

Fuente: Buquet (2021), Luján (2021) y elaboración propia.

A modo de resumen, según la literatura politológica el sistema de partidos uruguayo es uno altamente institucionalizado y programáticamente estructurado. Esto parece ser un diferencial en relación al resto de los países de la región. No obstante, una serie de indicios ocurridos en proceso electoral de 2019 como el aumento de la volatilidad electoral, la fragmentación del sistema de partidos, el crecimiento del peso electoral de partidos no consolidados y la aparición de candidatos con perfil de outsiders coinciden con algunos fenómenos globales relacionados con la crisis partidaria y personalización de la política. Para explicar la conjunción de estos fenómenos en el corto plazo una de las hipótesis más fuertes está relacionada con los cambios en los mecanismos de vinculación por el crecimiento de los vínculos personalistas (Luján, 2021). La hipótesis alternativa explicaría estos sucesos por un realineamiento partidario producto de reestructuración programática del sistema de partidos ante un tipo de electorado sub-representado y disconforme con la oferta anterior, y no debido a un cambio en el patrón de competencia programática.

¿Cambiaron la composición de los mecanismos de vinculación entre las elecciones de 2014 y 2019? A partir de la pregunta de investigación debemos establecer las hipótesis de trabajo de lo que esperamos que suceda según la literatura reseñada.

En primer lugar, esperamos que los cambios a nivel agregado como el aumento de la fragmentación y la volatilidad que están constituidos por la agregación de decisiones individuales de voto, y dada la entrada de nuevos partidos y candidatos outsiders, tengan como correlato un crecimiento de los vínculos personalistas- expresados en un mayor peso de los candidatos- sobre los vínculos programáticos. Esto se alinea con el contexto de crisis de legitimidad partidaria y la emergencia de la personalización en política. Los partidos políticos son los principales agentes de agregación de intereses e informantes sobre el posicionamiento programático de los candidatos, funciones que se construyen y refuerzan a través de la reputación contraída en el tiempo.

*H1. “Esperamos observar un aumento de los vínculos personalistas en 2019 frente a 2014 en desmedro de los vínculos programáticos”*

Desprendiéndose de lo anterior, los partidos nuevos, al no contar con los avales partidarios que les permita funcionar como atajos informativos, deberían mostrar dificultades para posicionarse ideológicamente de forma fácil y consistente. Por lo tanto, es esperable que para sus votantes sean más importante sus candidatos que las posiciones ideológicas o programáticas en comparación con los partidos consolidados, donde se esperaría que la ideología sea más relevante, especialmente en el caso del FA.

*H2. “En los partidos nuevos deberían pesar más los vínculos personalistas que los programáticos en comparación a los partidos establecidos”*

En la siguiente sección se presentan las fuentes de datos y los indicadores utilizados en los modelos para medir la composición de los vínculos programáticos y personalistas.

## **5. Métodos y datos**

Para la realización de las pruebas de hipótesis se tomó como fuente secundaria los datos relevados por Opción Consultores, empresa que se dedica a la realización recurrente de encuestas de opinión pública. Las mediciones que se utilizaron para contrastar los modelos se ejecutaron entre agosto y setiembre de 2014 y julio y agosto de 2019, en

ambos casos con una anticipación de dos meses a las elecciones nacionales presidenciales y legislativas que en Uruguay se celebran el último fin de semana de octubre.

Con el objetivo de predecir la intención de votar a los distintos candidatos presidenciales de 2014 y 2019 según nuestras variables explicativas, se calcularon regresiones logísticas al tratarse nuestra variable dependiente de una de tipo dicotómica, donde el hecho cuya ocurrencia se quiere estimar es la intención de votar al candidato de referencia. Las variables independientes que se incluyen en el modelo buscan representar las vinculaciones de tipo personalista y programático con los candidatos, así como otras variables de control más usuales en los modelos explicativos de voto.

**Cuadro 2. Variables y preguntas utilizadas para las mediciones de 2014 y 2019.**

		2014	2019
Variable dependiente	<b>Intención de voto</b>	Si las elecciones presidenciales fueran el próximo domingo, ¿a qué partido votaría?	Si las elecciones nacionales fueran el próximo domingo, entre los siguientes candidatos a presidente, ¿a cuál votaría?
Vínculo personalista	<b>Simpatía con candidato</b>	¿Usted diría que (candidato presidencial) le genera...? Mucha simpatía, simpatía, ni simpatía ni antipatía, antipatía o mucha antipatía	Respecto a los diferentes candidatos presidenciales, ahora le pediré que me indique si a usted le generan simpatía, antipatía, ni simpatía ni antipatía o si no lo conoce. Comienzo por... ¿Usted diría que le genera simpatía, antipatía, ni simpatía ni antipatía o no lo conoce?
Vínculo programático	<b>Autoidentificación ideológica</b>	Como Ud. sabe, en política se suele hablar de izquierda y de derecha. en una escala del 0 al 10 en la que 0 es "muy de izquierda" y 10 es "muy de derecha"? ¿Ud. cómo se definiría a sí mismo?	Como Ud. sabe, en política se suele hablar de izquierda y de derecha. En una escala del 1 al 10 donde 1 es extrema izquierda y 10 es extrema derecha, ¿dónde se ubicaría Ud.?

Por el lado de los vínculos personalistas se toma como indiciador la simpatía por el candidato<sup>2</sup>, mientras que para captar las vinculaciones programáticas consideramos la clásica variable de auto-identificación ideológica que fluctúa en una escala del 1 al 10 representando el eje izquierda (1) a derecha (10)<sup>3</sup>. En el Cuadro 2 se presentan las preguntas aplicadas en cada medición que corresponden a las variables utilizadas.

<sup>2</sup> La simpatía personal cuenta con distintas escalas entre mediciones. En 2014, se contaba con cinco opciones de respuesta (mucha simpatía, simpatía, ni simpatía ni antipatía, antipatía, mucha antipatía) y tres en 2019 (simpatía, ni simpatía ni antipatía, antipatía). Para homogenizar las variables se procedió a recodificar la primera medición colapsando las opciones de simpatía y antipatía generando una escala de tres niveles similar a la de 2019.

<sup>3</sup> La auto-identificación ideológica también cuenta con escalas diferentes: en 2014 se pregunta del 0 al 10, mientras que en 2019 la escala iba de 1 a 10. Para que cuenten con los mismos movimientos marginales se recodificó el nivel 0 en 1 para la medición de 2014. Las distribuciones resultantes son muy similares, con una mayor polarización en 2014 frente a 2019 y con casi idénticas respuestas "medianas" (5) de 31% y 33% respectivamente.

La simpatía por el candidato es un indicador que resume de buena manera el principal componente de los vínculos personalistas: el carisma del político (Kitschelt, 2000). En la evaluación de la simpatía por candidato entran en juego otros elementos personales como la confianza o la cercanía de su persona, etc. que no dependen directamente la identificación ideológica o simpatía partidaria del encuestado. Es una variable que ha sido utilizada para medir el atractivo de la oferta electoral uruguaya como indicador de la popularidad de los candidatos presidenciales (Vairo y Rodríguez, 2011; Vairo y Rodríguez, 2016). No obstante, en el Anexo se podrán encontrar los resultados y análisis de los modelos utilizando en lugar de la simpatía del candidato, una variable de capacidad percibida de gestión que servirá a modo de testeo de robustez. Específicamente la variable utilizada en dicho modelo es la evaluación del candidato con mejor capacidad de gestión. Se incluyen en el modelo otras variables de control de carácter sociodemográfico como el género del encuestado, su edad, la región de residencia y el nivel educativo. La región categoriza a los encuestados según residen en Montevideo o en el interior del país, mientras que de manera de hacer comparable las formas de medición de ambas ciclos, el nivel educativo se codificó en una escala de tres niveles (bajo, medio y alto): (i) primaria completa o menos; (ii) secundaria completa y (iii) terciario incompleto o más. El Cuadro 3 se presentan los principales estadísticos descriptivos de las variables incluidas en los modelos de 2014, mientras que el Cuadro 4 hace lo análogo para las variables utilizadas en los modelos de 2019.

**Cuadro 3. Estadísticos descriptivos de las variables utilizadas en elección 2014.**

Variable	Mínimo	Media	Desviación estándar	Máximo	Codificación
Autoidentificación ideológica	1	5,60	2,84	10	1= Izquierda 10= Derecha
Simpatía Vázquez	1	2,21	0,85	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Simpatía Lacalle Pou (I)	1	2,25	0,81	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Simpatía Bordaberry	1	2,09	0,82	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Género	0	0,53	0,50	1	0= Masculino 1= Femenino
Edad	17	44,93	17,71	87	-
Región	0	0,58	0,49	1	0= Montevideo 1= Interior
Nivel Educativo	1	1,78	0,75	3	1= Bajo 2= Medio 3= Alto

Fuente: Elaboración propia

**Cuadro 4. Estadísticos descriptivos de las variables utilizadas en elección 2019.**

Variable	Mínimo	Media	Desviación estándar	Máximo	Codificación
Autoidentificación ideológica	1	5,85	2,54	10	1= Izquierda 10= Derecha
Simpatía Martínez	1	2,13	0,88	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Simpatía Lacalle Pou (II)	1	2,16	0,89	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Simpatía Talvi	1	2,39	0,77	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Simpatía Manini	1	2,00	0,86	3	1= Antipatía 2= Ni simpatía ni antipatía 3= Simpatía
Género	0	0,53	0,50	1	0= Masculino 1= Femenino
Edad	18	46,07	16,93	97	-
Región	0	0,59	0,59	1	0= Montevideo 1= Interior
Nivel Educativo	1	1,98	1,98	3	1= Bajo 2= Medio 3= Alto

Fuente: Elaboración propia.

## 6. Resultados

Los Cuadros 5 y 6 presentan los resultados de las regresiones logísticas para los candidatos presidenciales mayoritarios de 2014 y de 2019 respectivamente. Éstos nos brindan información muy útil a la hora de hacer interpretaciones sobre nuestras hipótesis por múltiples motivos. En primer lugar, podemos ver cuáles son las variables estadísticamente significativas para explicar la intención de voto a los candidatos, es decir, las variables que son importantes para determinar si un encuestado tiene intención de votar al candidato de referencia. En segundo lugar, los signos de cada coeficiente revelan si nuestras variables independientes aumentan o, por el contrario, disminuyen la probabilidad de votar al candidato. Por último, a partir de los coeficientes podemos determinar en qué magnitud estas variables relevantes influyen en la probabilidad de que el encuestado entre dentro del grupo de interés, es decir, aquellos que tienen intención de voto al candidato. Al tratarse de una regresión logística, no podemos interpretar estos coeficientes de forma lineal, ya que las funciones que se encuentran detrás de los modelos son de tipo logarítmicas. Por tanto, para poder hacer las lecturas del impacto marginal que una variable exógena tiene sobre nuestra variable endógena utilizamos los Odds Ratio. Se trata de las exponenciales de los coeficientes presentados en la tabla y permite

observar cómo el movimiento marginal de nuestra variable independiente impacta en la probabilidad de que nuestro suceso de interés ocurra (Hilbe, 2009).

En el Cuadro 5 se presentan los resultados de los modelos para los candidatos presidenciales más importantes de 2014. Como se puede observar, tanto la auto-identificación ideológica como la simpatía con el candidato son siempre variables estadísticamente significativas en la probabilidad de intención de voto para todos los candidatos. En los casos de Tabaré Vázquez del FA y Luis Lacalle Pou del PN, la ideología es estadísticamente significativa a un 99% de confianza. Para el primero, un aumento en un punto hacia la derecha en el eje izquierda-derecha representa una caída de 32% en la probabilidad de votarlo, mientras que para el candidato del PN el salto de un cambio marginal hacia la derecha implica un aumento del 34% en la probabilidad de votarlo. En el caso de Pedro Bordaberry, candidato del PC, esta proporción aumenta en un 10%.

**Cuadro 5. Regresión logística voto candidatos 2014**

	<b>Tabaré Vázquez</b>	<b>Luis Lacalle Pou (I)</b>	<b>Pedro Bordaberry</b>
Autoidentificación ideológica	-0.38*** (0.03)	0.30*** (0.03)	0.09* (0.04)
Simpatía Vázquez	2.40*** (0.16)		
Simpatía Lacalle Pou		1.74*** (0.14)	
Simpatía Bordaberry			1.49*** (0.20)
Género	0.04 (0.17)	-0.35* (0.15)	-0.23 (0.20)
Edad	0.00 (0.00)	0.01 (0.00)	0.01 (0.01)
Región	-0.64*** (0.19)	0.23 (0.17)	-0.29 (0.21)
Nivel educativo	0.18 (0.13)	0.53*** (0.11)	0.20 (0.14)
Intercepto	-4.36 (0.65)	-8.26 (0.58)	-6.76 (0.69)
AIC	1042.03	1144.08	717.12
BIC	1078.20	1180.19	753.20
Log Likelihood	-514.02	-565.04	-351.56
Deviance	869.69	1063.99	705.84
Num. obs.	1295	1284	1280

\*\*\* p < 0.001; \*\* p < 0.01; \* p < 0.05

Statistical models

Para el candidato frenteamplista de 2014, el aumento de un punto en la escala de simpatía hace que su probabilidad de voto aumente 11 veces, mientras que en los casos del candidato nacionalista y colorado, este aumento es de 6 y 4,5 veces en la probabilidad de voto respectivamente.

Otras variables que resultaron estadísticamente significativas en los modelos son la región de residencia para Vázquez, así como el género y el nivel educativo para Lacalle Pou. Ser residente del interior implica una caída de 47% en la probabilidad de votar al candidato de izquierda, mientras que un aumento de un punto en la escala de nivel educativo impacta favorablemente en la probabilidad de votar al líder nacionalista en un 70%. Ser mujer impacta negativamente en la probabilidad de votar a Lacalle Pou en 2014.

El Cuadro 6 presenta los coeficientes de los mismos modelos pero tomando en cuenta los candidatos competidores de las elecciones de 2019. La auto-identificación ideológica es significativa ahora para Daniel Martínez del FA, Luis Lacalle Pou del PN y Ernesto Talvi del PC, mientras que no resulta relevante para la probabilidad de voto a Guido Manini Ríos, candidato del debutante CA. La simpatía personal por su parte, vuelve a ser estadísticamente significativa para todos los principales candidatos presidenciales. El aumento marginal de un punto hacia la derecha del eje ideológico implica una caída en la probabilidad de voto a Martínez del 30% en la intención de votarlo. Tanto para Lacalle Pou como para Talvi un aumento marginal hacia la derecha impactan positivamente en sus probabilidades de votos, en un 11% para el primero y un 15% para el segundo.

Los impactos de la simpatía cuentan con diferencias notables entre candidatos. Mientras que para Talvi, Lacalle Pou y Martínez, el aumento de un punto en la escala de simpatía representa una suba de entre 11 y 15 veces la probabilidad de votarlos, en el caso Manini Ríos esta proporción es más del doble que la de sus competidores. Específicamente el aumento en un punto en la escala de simpatía implica un aumento de 27 veces la probabilidad de voto al líder del novel partido. Estos resultados sumados a la no significancia de la ideología en la intención de voto al candidato cabildante representan una evidencia contundente en favor de nuestra Hipótesis 2 que establecía que los partidos nuevos, al no poder contar con el aval programático de las etiquetas consolidadas tienen en las cualidades personales de sus candidatos presidenciales su principal herramienta para captar votos. En el caso de Talvi, el otro candidato “outsider” pero con aval partidario, el impacto de su simpatía es mayor que de los candidatos con trayectoria

política previa, sin embargo, la diferencia no resulta tan abrumadora como la anterior y la ideología sigue siendo una variable exógena significativa.

**Cuadro 6. Regresión logística voto candidatos 2019**

	Daniel Martínez	Luis Lacalle Pou (II)	Ernesto Talvi	Guido Manini Ríos
Autoidentificación ideológica	-0.37*** (0.04)	0.10** (0.03)	0.14*** (0.04)	-0.06 (0.04)
Simpatía Martínez	2.38*** (0.18)			
Simpatía Lacalle Pou		2.41*** (0.20)		
Simpatía Talvi			2.71*** (0.29)	
Simpatía Manini				3.30*** (0.37)
Género	-0.02 (0.16)	-0.14 (0.14)	-0.12 (0.16)	0.58** (0.20)
Edad	-0.00 (0.01)	0.00 (0.00)	0.00 (0.00)	-0.00 (0.01)
Región	-0.19 (0.17)	0.24 (0.16)	-0.14 (0.17)	0.05 (0.23)
Nivel educativo	-0.14 (0.13)	0.07 (0.11)	0.38** (0.12)	-0.18 (0.17)
Intercepto	-4.28 (0.68)	-8.27 (0.71)	-10.37 (0.99)	-9.91 (1.24)
AIC	1076.02	1273.56	1137.96	698.89
BIC	1112.61	1310.56	1174.28	734.74
Log Likelihood	-531.01	-629.78	-561.98	-342.44
Deviance	940.55	1140.05	1012.64	618.03
Num. obs.	1376	1459	1324	1239

\*\*\* p < 0.001; \*\* p < 0.01; \* p < 0.05

Statistical models

Entre las variables de control se observan dos casos de significancia estadística. Un aumento marginal en la escala de nivel educativo en el caso del candidato colorado representa un aumento de 46% en la probabilidad de intención de voto. Esto es un cambio respecto a 2014, donde el nivel educativo también era significativo y con coeficiente positivo pero para Lacalle Pou. El hecho de ser mujer es una variable significativa y positiva para la intención de voto a Manini Ríos.

Con el objetivo de poner a prueba nuestra hipótesis principal, que esperaba un mayor peso de los mecanismos vinculares personalistas en las elecciones de 2019 en desmedro de los vínculos programáticos en relación a 2014, tenemos que proceder a comparaciones entre los modelos de ambas elecciones. En el Cuadro 9 se presentan los Odds Ratios de las

variables independientes de nuestro modelo para observar claramente los cambios que presentaron los partidos entre las elecciones.

**Cuadro 7. Odds Ratio de auto-identificación ideológica y simpatía con candidatos por partidos, elecciones 2014 y 2019**

Partido	Auto-identificación ideológica		Simpatía con candidato	
	2014	2019	2014	2019
Frente Amplio	-0,319	-0,308	11,0	10,8
Partido Nacional	0,344	0,107	5,7	11,2
Partido Colorado	0,097	0,153	4,5	15,0
Cabildo Abierto	-	-	-	27,0

Fuente: Elaboración propia.

En el FA no se observan diferencias importantes. Tanto la auto-identificación ideológica como la simpatía personal por el candidato muestran una particular estabilidad en sus impactos sobre la probabilidad de votar a sus candidatos entre ambas elecciones. Como punto a destacar, se trata siempre del partido cuya vinculación programática es más fuerte comparativamente frente a sus competidores. Estos resultados se comportan acorde a la literatura: el FA es el partido más ideológico por su origen como partido de ideas crítico con el orden establecido y cuya institucionalidad interna permite a los militantes influir y mantener su impronta programática. En suma con lo anterior, resulta particularmente destacable la poca diferencia entre los pesos de la simpatía personal, ya para las elecciones de 2014 su candidato era un líder partidario histórico: primer intendente frenteamplista, presidente del partido durante ocho años, cuatro veces candidato presidencial y primer presidente de la coalición de izquierda, cargo que supo repetir en el período 2015-2019.

Lo interesante del PN es que la comparativa no se hace solo a nivel partidario, sino que se contrasta al mismo candidato en dos momentos diferentes. El impacto de la identificación ideológica en la probabilidad de intención de voto a Lacalle Pou baja ampliamente entre 2014 y 2019, pasando de 34% a 11%. Por otra parte, la simpatía hacia su persona recorre un camino inverso, casi duplica la proporción en el aumento de la probabilidad de votarlo. En el caso del PN, por ende, se cumplen con las dos condiciones de nuestra hipótesis: crece fuertemente el vínculo personalista y decrece el vínculo ideológico.

Por otra parte, en el PC la trayectoria es un tanto diferente. Si bien la simpatía por Talvi aumenta la probabilidad de voto al partido tres veces más de lo que lo hacía la simpatía a Bordaberry, la auto-identificación ideológica también tiene una tendencia ascendente, acentuándose de 10% a 15%. Pese a que la simpatía impacta en mayor medida en la probabilidad de voto colorado entre 2014 y 2019, acorde a lo planteado en la hipótesis, no parece ser en desmedro de la vinculación programática.

En definitiva, podemos decir que la Hipótesis 1 se cumple de forma parcial. Los vínculos personalistas sí se volvieron más relevantes. En dos de los tres candidatos de los partidos establecidos el peso de la simpatía por el candidato creció entre 2 y 3 veces, y se suma el peso excepcional de esta variable en el candidato del partido debutante. Solo el FA no comparte esta tendencia, pero se trata del partido con una etiqueta más consistente y diferenciada programáticamente, tanto es así que es el partido donde la auto-identificación ideológica más impacta en la probabilidad de voto manteniéndose en niveles estables de relevancia entre elecciones.

Las trayectorias del peso programático resultan heterogéneas: cada partido es un caso de aumento, mantenimiento y disminución de la auto-identificación ideológica en la probabilidad de intención de voto a sus candidatos. Para CA, ésta no computa como una variable significativa. Este es un resultado interesante ya que permite intuir que los partidos no necesariamente se enfrentan a una disyuntiva entre mecanismos de vinculación y que un crecimiento de un tipo de vínculo no implica necesariamente una disminución del vínculo alternativo. Pese a lo anterior, no podemos perder de vista que sí es homogéneo el impacto creciente de la simpatía en las probabilidades de voto a los candidatos.

Considerando nuestra Hipótesis 2, los resultados son más concluyentes. Si bien solo contamos con un partido nuevo relevante, toda la evidencia respalda el sentido de nuestra afirmación. En primer lugar, ya señalamos el impacto sobresaliente que la simpatía por Manini Ríos tiene sobre la probabilidad de votarlo. Entre los candidatos con mayor peso de su simpatía en el voto, se destacan los dos ganadores de las respectivas contiendas electorales, Tabaré Vázquez y Luis Lacalle Pou en 2019, para quienes el crecimiento marginal de su simpatía significaba un aumento de 11 veces su probabilidad de voto. Por encima de los candidatos electos, se ubica Ernesto Talvi, uno de los dos candidatos sin trayectoria política previa, para quien un aumento marginal en su simpatía impactaba

positivamente en 15 veces su probabilidad de voto. Manini Ríos incluso casi dobla en el impacto de su simpatía respecto a éste último.

En segundo lugar, de los siete modelos presentados con los principales candidatos presidenciales con una cantidad suficiente de encuestados dispuestos a votarlos que nos permitía sacar conclusiones, el que tenía por objetivo predecir la intención de voto al candidato cabildante es el único donde la auto-identificación ideológica del encuestado no resulta ser una variable estadísticamente significativa. Tanto por el enorme peso de su simpatía como por la no significancia de la auto-identificación ideológica, la Hipótesis 2 resulta satisfactoria.

## **7. Conclusiones**

Este trabajo procuró hacer un acercamiento a la medición de los mecanismos de vinculación entre políticos y votantes en un contexto de crisis de legitimidad de los principales mediadores entre ambos agentes, los partidos políticos. La despartidización tiene consecuencias importantes en las funciones de representatividad y de gobernabilidad en democracia. A la vez nos encontramos frente a nuevos fenómenos como la personalización en política que desafían los marcos teóricos previos sobre rendición de cuentas democrática.

En este contexto Uruguay parece tener una fortaleza relativa en su sistema de partidos que, sin embargo, en las últimas elecciones mostró síntomas que podrían representar cambios en la trayectoria: cambios sistémicos como el aumento de la fragmentación y volatilidad electoral, una mayor predisposición a votar por partidos no consolidados y la emergencia de candidatos presidenciales outsiders. Una de las explicaciones más interesantes a la hora de explicar la aparición de estos fenómenos en el corto plazo es el cambio en los mecanismos de vinculación entre candidatos presidenciales y votantes, con un aumento de las motivaciones personalistas de voto. La explicación alternativa esgrimiría que el aumento en la fragmentación y ascenso de nuevos partidos se debió a que anteriormente nos encontrábamos frente a un “vacío ideológico” o la sub-representación de un tipo de votante dentro del sistema de partidos uruguayo. A partir de estas premisas se pueden sacar las siguientes conclusiones.

En primer lugar, de acuerdo con estudios recientes sobre el sistema de partidos uruguayo (Buquet y Piñeiro, 2014; Moraes y Luján, 2016) podemos decir que el trabajo compone

una prueba confirmatoria más de que se estamos frente a un sistema programáticamente estructurado. No es menor que en la mayoría de los grandes partidos y sin importar el candidato de turno, la ideología sea una variable determinante de la intención de voto. Quizás el corte ya no se encuentre alrededor de las disputas en el marco de reformas neoliberales de los noventa, sino que haya pasado a ser la posición a favor o en contra de las reformas de la “ola progresista”. Sin importar esto, los bloques se comportan de forma similar: el FA como partido impulsor de las reformas por un lado y los partidos tradicionales en contra de las reformas por otro.

No obstante lo anterior y a partir de los resultados del trabajo, se pueden observar movimientos en la composición de los mecanismos de vinculación que desafían la trayectoria programática en el largo plazo: un aumento casi generalizado de los vínculos personalistas como determinantes en la intención de voto. Los cambios van acorde a las tendencias globales con la desestructuración de la movilización política tradicional y el avance tecnológico, así como los procesos políticos a nivel regional y mundial, donde la adherencia partidaria pierde fuerza y crecen en importancia los personalismos políticos. Si bien nuestro país cuenta con una fortaleza acumulada, no es de extrañar que estos procesos globales no nos resulten totalmente ajenos. En otros trabajos habría que confirmar si esta tendencia se mantiene en el futuro e indagar en sus posibles causas.

En segundo lugar, podríamos afirmar que la estructuración programática parece estar garantizada por los partidos políticos. Esto va en línea con la literatura que sostiene que la estructuración programática tiene como condiciones necesarias la institucionalización de los sistemas de partidos (Kitschelt et al, 2010). Se necesita un trabajo de agregación de intereses e infraestructura organizacional para crear etiquetas estables y consistentes de forma de poder darle al electorado información confiable sobre el posicionamiento de quienes disputan los cargos a través del tiempo. Además, el consenso y disciplina partidaria es el principal garante para conformar bloques parlamentarios que se comporten de la forma esperada. Por lo tanto, los partidos políticos son el principal agente mediador en contextos de diferenciación programática. Sin importar el candidato, en todos los partidos consolidados los vínculos ideológicos son siempre un factor determinante para la intención de voto, incluso para el caso de Ernesto Talvi, candidato con perfil “outsider” proveniente del mundo académico quien utilizó frecuentemente símbolos partidarios para explicar el posicionamiento de sus proyectos de gobierno.

Como contrapartida, es dentro del único partido nuevo donde la ideología no es determinante para explicar su intención de voto. Por el contrario, parece ser que lo que importa para explicar la probabilidad de voto a CA, desde el punto de vista de la demanda electoral, son las características personales de su candidato presidencial. Este quizás sea el resultado más controvertido e interesante desde una perspectiva teórica como desde la discusión de la coyuntura electoral uruguaya.

Desde el punto de vista teórico no parece claro qué cabría esperar del perfil programático de nuevos partidos que se suman a la contienda electoral. Para algunas perspectivas teóricas, el establecimiento previo de una etiqueta es fundamental para el voto ideológico, pero también es verdad que en algún momento los partidos programáticos tienen que nacer y eventualmente desaparecer, lo importante será en qué contexto y cómo lo hagan. Lo que no cabe duda es que la construcción de reputación programática se construye a través del tiempo. Otros como Panebianco (1990) y en cierta medida Lipset y Rokkan (2001) consideran la movilización de clivajes ideológicos como el elemento principal para la movilización política de un nuevo grupo. No parece estar tan discutido la importancia que los líderes fundadores tienen durante las primeras etapas de formación y competencia del partido como disciplinadores de las diferencias internas y como cartas de presentación del novel partido ante el público.

La controversia desde el punto de vista coyuntural está dada por el caso particular de CA. Este partido ha sido definido como uno de “derecha conservadora” o “ultraderecha” (Noceto et al, 2020; Caetano, 2023) tanto por políticos como analistas, y aunque todavía los estudios sobre este partido resultan muy incipientes, es evidente que muestra características que permitirían definirlo de esa manera: discursos contra la agenda de derechos y la llamada “ideología de género”, defensa de militares presos por delitos cometidos en dictadura, reivindicación de un origen católico en la identidad uruguaya, entre otros. Desde su origen está formado por ex integrantes de sectores conservadores de los partidos tradicionales y militares retirados con vínculos con la última dictadura militar<sup>4</sup>. El propio Manini Ríos ha sido crítico con las políticas de derechos humanos impulsadas durante los gobiernos del FA siendo Comandante en Jefe del Ejército, cargo que ocupó desde 2015 a 2019 en el último período de Tabaré Vázquez como presidente.

---

<sup>4</sup> “Viejos conocidos”, Semanario Brecha (<https://brecha.com.uy/viejos-conocidos/>)

Su núcleo electoral estaría conformado por las “familias militares”, extendiéndose al electorado programáticamente conservador (Monestier et al, 2019).

Pese al énfasis que se ha dado sobre el perfil ideológico de CA, los resultados del presente trabajo parecen ir en el sentido contrario: lo que explicaría el éxito de CA no es su impronta ideológica, sino la simpatía generada por el candidato. Su buen desempeño electoral no estaría dado por incorporar una opción claramente de derecha para aquellos votantes no contemplados por los partidos tradicionales, sino por contar con un candidato presidencial cuyas características personales son valoradas por el electorado.

Como dijimos al principio, la manera en que los políticos cumplen con sus objetivos es maximizando votos. No importa cuáles funciones objetivos se encuentren por detrás, la forma que tienen de alcanzarlos es mediante la captación de votos que se traduzcan en escaños parlamentarios o cargos ejecutivos. En este sentido, los mecanismos de vinculación funcionan como estrategias de diferenciación que no necesariamente implican mensajes que posicionen sus propuestas en el eje izquierda-derecha, al existir otros medios para diferenciarse como el propio carisma político del líder. Por lo tanto, que un partido cuya agenda y objetivos sean de corte conservador haya irrumpido con fuerza no quiere decir necesariamente que sus votantes compartan esos fines ideológicos por completo. La no significancia de la ideología en el voto pone en discusión la tesis de que estamos frente a una reestructuración programática del sistema. La irrupción de CA a la luz de estos resultados debería estar más cerca de explicarse por el contexto de crisis de los partidos o por la insatisfacción con el sistema político general por la no solución de problemas públicos considerados importantes.

Más allá de la discusión puntual sobre el excepcional peso del vínculo personalista en CA en particular, de los resultados se desprende un generalizado aumento de la importancia de los personalismos en (casi) todos los partidos. Lo que está por verse y no se desprende de este estudio es que esta tendencia sea necesariamente por un deterioro de la diferenciación programática. Solo en uno de los casos, el personalismo desplazó a la ideología. Es que el principal rival del personalismo no es la estructuración programática. Quizás los líderes individuales podrían posicionarse rindiendo cuentas en el ámbito ideológico. Los principales perdedores del aumento del personalismo son los propios partidos políticos, sin los cuales es “impensable pensar en democracia”, por lo que su deterioro, aunque no sea en desmedro de la competencia programática, es preocupante.

Habrá que ver si esta tendencia continúa en el futuro y si otros trabajos llegan a conclusiones similares.

## **Bibliografía**

Aldrich, J. (1995) *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*. Chicago, University of Chicago Press.

Bogliaccini, J. et al (2019). *Twitter y el proceso electoral 2019 en Uruguay*. En J. A. Moraes y V. Pérez Bentancur (editores), *De la estabilidad al equilibrio inestable: elecciones y comportamiento electoral en Uruguay 2019*. Montevideo: Departamento de Ciencia Política - FCS, UdelaR,

Buquet, D. y Piñeiro, R. (2014). *La consolidación de un nuevo sistema de partido en Uruguay*. *Revista Debates*. Universidad Nacional de Córdoba: Revista del Centro de Estudios Avanzados

Caetano, G. (2023) *Novedades y radicalidad de las “derechas alternativas” en el Uruguay reciente. El caso de Cabildo Abierto*.

Caetano, G.; Pérez, R. y Rilla, J. (1987) “La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos”, *Cuadernos del CLAEH*.

Chasquetti, D. y Buquet, D. (2004) *La democracia en Uruguay: una partidocracia de consenso*. *Política*. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64504211>

Chasquett, D. (2014) *Parlamento y carreras legislativas en Uruguay*. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales, Udelar

Cohen, M.J., Salles Kobilanski, F.E. y Zechmeister, E.J. (2018) *Electoral Volatility in Latin America*. *The Journal of Politics*, 80 (3), 1017-1022.

Cox, G. [1997] (2004). *La Coordinación Estratégica de los Sistemas Electorales del Mundo. Hacer que los votos cuenten*. Barcelona, Gedisa,

Cyr, J. y Sagarzazu, I. (2014) *El sistema de partidos venezolano: Incongruencia, volatilidad y colapso desde una perspectiva multinivel*. E Freidenberg, F. and Suárez-Cao, J. (eds.) *Territorio y poder. Nuevos actores y competencia política en los sistemas*

de partidos multinivel en América Latina. Ediciones Universidad de Salamanca: Salamanca.

Dahl, R. A. (1997) [1971]. *La Poliarquía: Participación y Oposición*. Madrid, Técnos.

Dalton, R., McAllister, I. y Wattenberg, M. (2002) *The Consequences of Partisan Dealignment*. En Dalton, R. y Wattenberg, M. (eds) *Parties Without Partisans*. Oxford University Press.

Dalton, R. y Wattenberg, M. (2002) *Parties Without Partisans*. Oxford University Press.

Downs, A. (2001) [1973]. “Teoría económica de la acción política de una democracia”. *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*. A. Batlle. Barcelona, Ariel.

Duverger, M. [1954] (2002). *Los Partidos Políticos*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Hilbe, J.M. (2009) *Logistic Regression Models*. Chapman & Hall/CRC.

Hicken, A. y Stoll, H. (2011) *Presidents and Parties: How Presidential Elections Shape Coordination in Legislative Elections*. *Comparative Political Studies*.

Huntington, S. P. (1995) [1994]. *La Tercera Ola*. Buenos Aires, Paidós.

Jones, M. P. (2018) 'Presidential and Legislative Elections', in Erik S. Herron, Robert J. Pekkanen, and Matthew S. Shugart (eds), *The Oxford Handbook of Electoral Systems*, Oxford Handbooks (2018; online edn, Oxford Academic, 5 Apr. 2017)

Kitschelt, H. (2000) *Linkages Between Citizens and Politicians in Democratic Polities*. *Comparative Political Studies*.

Kitschelt, H. y Wilkinson, S (2007) *Patrons, Clients and Policies: Patterns of Democratic Accountability and Political Competition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kitschelt, H., Hawkins K., Rosas, G. y Zechmeister, E. (2010) “Patterns of Programmatic Party Competition in Latin America”. En *Latin American Party Systems*, editado por Herbert Kitschelt, Kirk Hawkins, Juan Pablo Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth Zechmeister, 14-58. Cambridge: Cambridge University Press.

Levisky, S. y Cameron, M. (2003) *Democracy Without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Perú*. Cambridge University Press.

Levitsky, S. Loxton, J. y Van Dyck, B. (2016) Challenges of Party-Building in Latin America (Introducción). En S. Levitsky, J. Loxton, B. Van Dyck y J.I Domínguez (eds), Challenges of Party-Building in Latin America

Linz, J. J. y Valenzuela V. (1998). La Crisis del Presidencialismo. Madrid, Alianza Universidad.

Lipset, S. y Rokkan, S. (2001) [1967] "Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales". Diez textos básicos de Ciencia Política. Barcelona, Ariel.

Luján, D. (2020). Diferenciación ideológica y coordinación estratégica en elecciones presidenciales en América Latina. Colombia Internacional, 103: 29-55.

Luján, D. (2019). Oferta electoral y elecciones presidenciales en Uruguay 2019: fragmentación, nuevos partidos y avance del personalismo. En J. A. Moraes y V. Pérez Bentancur (editores), De la estabilidad al equilibrio inestable: elecciones y comportamiento electoral en Uruguay 2019. Montevideo: Departamento de Ciencia Política - FCS, UdelaR,

Luna, J.P. (2014) Segmented Representation: Political Party Strategies in Unequal Democracies. Oxford; Nueva York: Oxford University Press.

Luna, J. P. (2007). Representación política en América Latina: el estado de la cuestión y una propuesta de agenda. Política y gobierno, 14(2).

Lupu, N. (2014). Brand Dilution and the Breakdown of Political Parties in Latin America. World Politics, 66(04)

Mainwaring, S. y Scully, T. (eds.) (1995). Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America. Stanford, CA: Stanford University Press.

Monestier, F., Nocetto, L. y Rosenblatt, F. (2019). Cabildo Abierto: oportunidades y desafíos para la construcción partidaria en un sistema de partidos institucionalizado. En Moraes, J.A y Pérez Bentancur, V. (editores), De la estabilidad al equilibrio inestable: elecciones y comportamiento electoral en Uruguay 2019. Montevideo: Departamento de Ciencia Política - FCS, UdelaR,

Moraes, J., y Luján, D. (2016). Un centro vacío de candidatos: Evaluando modelos espaciales para las elecciones presidenciales en Uruguay. En A. Garcé y N. Johnson

(Coords.), Permanencias, transiciones y rupturas: Elecciones en Uruguay 2014/15. Montevideo: Fin de Siglo, Instituto de Ciencia Política.

Nocetto, L, Piñeiro, R. y Rosenbaltt, F. (2020) Uruguay 2019. Fin del ciclo progresista y reestructura del sistema de partidos. Pontifica Universidad Católica de Chile: Revista de Ciencia Política.

Payne, M., Zovatto D. y Mateo Díaz, M. (2006) La política importa. Banco Interamericano de Desarrollo.

Panebianco, A. [1982] (1990). Modelos de Partido: Organización y Poder en los Partidos Políticos. Barcelona, Alianza Editorial

Pérez Bentancur, V., Piñeiro Rodríguez, R. y Rosenblatt F. (2019). “Efficacy and the Reproduction of Political Activism: Evidence from the Broad Front in Uruguay”, *Comparative Political Studies*, 2019.

Piñeiro, R. y Rosenblatt, F. (2018). “Stability and incorporation: Toward a new concept of party system institutionalization”, en *Party Politics*.

Rahat, G. y Hazan, R.Y (2001) Candidate Selection Methods. *Party Politics*, 7(3), 297-322.

Rahat, G. y Sheafter (2007) The Personalization(s) of Politics: Israel, 1949-2003, *Political Communication*, 24:1, 65-80

Roberts, K. (2002). “El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana”, en Cavarozzi, M. y Abal Mendina, J.M (eds.), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Buenos Aires: Ediciones Homo Sapiens.

Ruiz, L. y Otero, P. (2013) *Indicadores de partidos y sistema de partidos*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas

Shefter, M. (1994). *Political parties and the state. The American historical experience* Princeton University Press.

Schattschneider, E.E. (1942) “Party Government”. Transaction Publishers.

Schmidt, N., Cardarello, A., Luján, D. (2020) *Boreluy: Datos electorales de Uruguay 1910-2020*, R package version 0.1.6, <https://nicolas-schmidt.github.io/Boreluy/>

- Shugart, M. y Carey, J. (1992) *Presidents and Assemblies*. Cambridge University Press.
- Vairo, D. y Rodríguez, J.R. (2011) *Las claves del éxito de Mujica en las presidenciales uruguayas de 2009*. Porto Alegre: Revista Debates
- Vairo, D. y Rodríguez J.R. (2016) *Comportamiento electoral en Uruguay: La Victoria de Tabaré Vázquez en las elecciones presidenciales de 2014*. Em Tese, 13(2), 14
- Webb, P (2005) *Political parties and democracy. The ambiguous crisis. Democratisation*
- Wattenberg, M. (1991) *The Rise of Candidate Centered Politics*. Cambridge, Mass: Harvard University Press